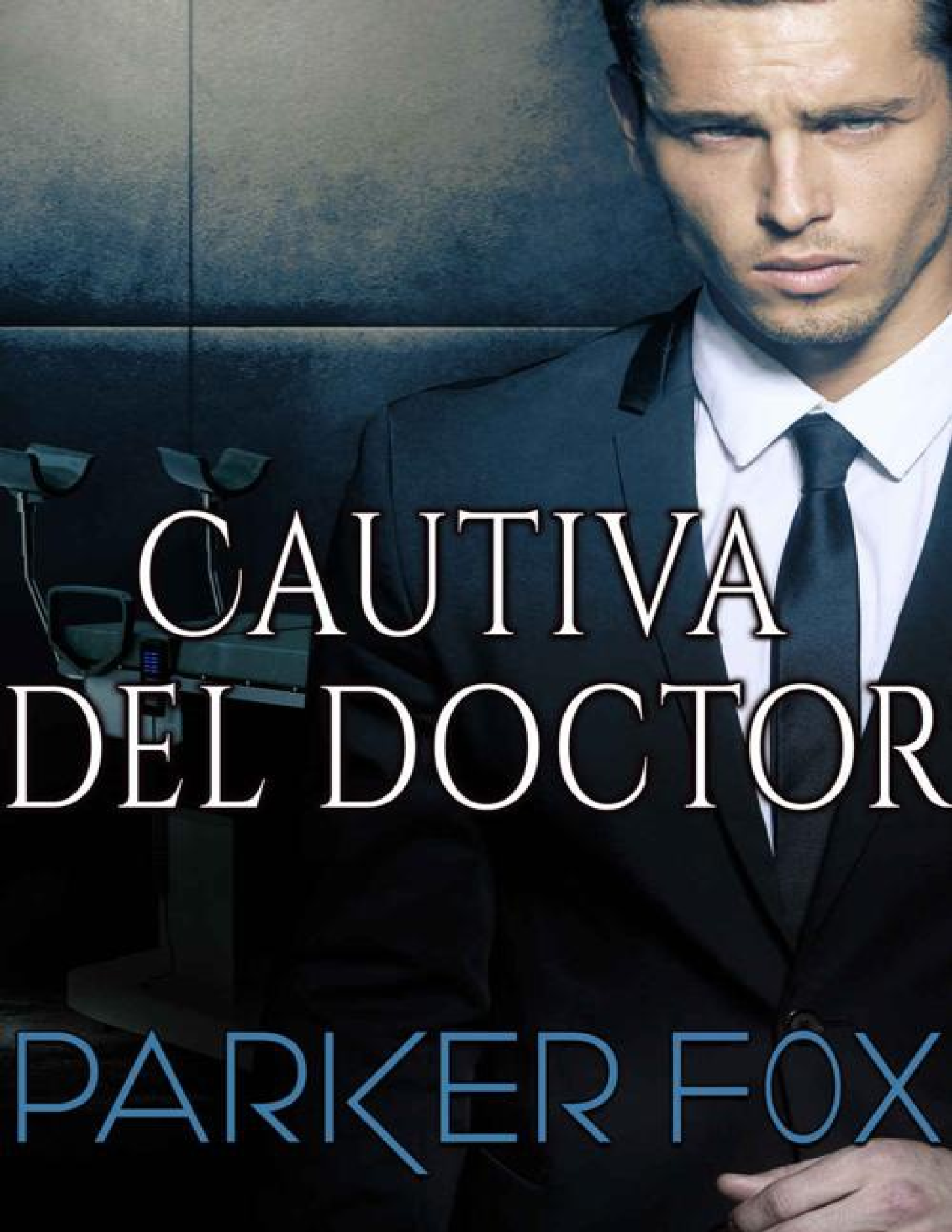

CAUTIVA
DEL DOCTOR
PARKER FOX

CAUTIVA DEL DOCTOR



PARKER FOX

ÍNDICE

1. Capítulo Uno
2. Capitulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete

Epílogo

Postfacio

Copyright © 2024 por Stormy Night Publications y Parker Fox

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.

Publicado por Stormy Night Publications and Design, LLC.
www.StormyNightPublications.com

Fox, Parker
Cautiva del Doctor

Diseño de la portada por Korey Mae Johnson
Imágenes de Shutterstock/Dragosh Co y Shutterstock/Manbetta

Este libro está dirigido *exclusivamente* a adultos. Los azotes y otras actividades sexuales que aparecen en este libro son sólo fantasías destinadas a adultos.

CAPÍTULO UNO



El fuerte zumbido de la alarma de Katie la enfureció más de lo habitual y, si hubiera sido un reloj antiguo, podría haberlo arrojado desde su mesilla de noche. Sin embargo, los 1.000 dólares de su teléfono celular le hicieron dudar incluso en su estado de sueño extremo, y en lugar de eso decidió deslizar el dedo hacia la alarma para detenerla.

Mientras yacía pensando en volverse a dormir, hizo todo lo posible por pensar en el día que le esperaba en el trabajo y en sus planes para cenar con sus amigas esa noche. Sin ninguna duda querrían saber sobre su cita de la noche anterior y no estaba muy entusiasmada por compartir la triste historia de la búsqueda fallida de otro aspirante a caballero de brillante armadura para enamorar a la reina del hielo, como estaba segura de que empezaban a conocerla en la oficina.

Para ser justos, Bill Davis no había hecho nada malo Era un tipo encantador. La había llevado a un restaurante elegante y ni siquiera parecía molesto cuando ella rechazó su poco entusiasta intento de invitarla a su casa para tomar un «café» después. Había sido educado e incluso había pagado como un caballero, sin dar a entender que pensaba que estaba comprando una garantía de algo, ni insinuar que en este mundo moderno tal vez deberían repartir e la cuenta. Pero cuando él se inclinó para darle un tímido beso al final de la velada, ella giró la cabeza para rebajarlo a un piquito en la mejilla.

Ese era el problema con Bill.

Quisiera admitirlo o no, Bill probablemente ya se había dado por vencido durante la cena con sus estudiados esfuerzos por fingir que ella no lo estaba presionando con sus palabras y expresiones. No le había estado molestando, por así decirlo, solo animándolo a… a hacer algo. Exactamente qué, no estaba segura.

Obviamente no fue justa. ¿Qué esperaba que hiciera él, advertirle que un comentario atrevido más o poner los ojos en blanco y se encontraría sentada con el culo dolorido por el resto de la noche? ¿O saltarse la advertencia por completo y llevarla del brazo a su automóvil para recibir una severa lección de buenos modales con ella sobre sus rodillas en el asiento trasero?

Si hubiera hecho eso, todavía te dolería el coño esta mañana.

Quizás eso fuera cierto. Pero, en cualquier caso, ese beso había sido la última oportunidad del pobre Bill, y había tomado el camino que todo en Bill le había dicho que tomaría. De hecho, ese era el enfoque que se suponía que debía adoptar un caballero. El camino de «no haremos esto físico hasta que estés lista». El acercamiento que dejó su coño seco como papel de lija y su

cabeza girada para ofrecer su mejilla en lugar de la boca que le apetecía, devastada por un hombre que de alguna manera podía decir instintivamente que necesitaba que él hiciese lo que quería.

Vas quedarte soltera para siempre.

Sí, sabía que era ridícula. Lo había sabido desde que tenía edad suficiente para reflexionar sobre esas cosas. Pero saber que lo que quería era un neandertal afable en lugar de un hombre educado del siglo XXI no resolvía su problema porque «neandertal afable» no era un término de búsqueda en ninguna de las aplicaciones de citas que había probado.

Entonces, ¿qué les iba a decir a las chicas?

Ya saben que volviste a casa y te masturbaste con porno cavernícola otra vez. Si le hubieras dejado anotarte un tanto, les habrías enviado un mensaje de texto esa misma noche.

Katie suspiró. La vocecita atrevida que había sido su constante compañera de vida tenía razón, como siempre. Las chicas ya sabrían que la cita no había ido bien. Sólo querrían saber por qué. Después de todo, Bill era considerado un buen partido en la oficina y ella entendía el motivo. Era el hombre soñado por muchas chicas y merecía serlo. A Bill no le pasaba nada.

Eso significa que hay algo mal contigo.

Vale, eso no fue atrevido, simplemente fue cruel. Pero mala o no, así era como Katie empezaba a sentirse, o más bien como se había sentido desde hacía bastante tiempo.

Haciendo todo lo posible para dejar de lado sus problemas, se duchó, se vistió y salió a pasar otro día divertido en la oficina. Los tragos esa noche con Nancy y Amanda transcurrieron exactamente como ella esperaba. Comenzaron alegres, claramente atreviéndose a esperar que su cita hubiera ido bien por una vez. Luego, al enterarse de que la cena había ido bien pero que la cita en su conjunto no había llegado a ninguna parte (una vez más), sintió que no sólo estaban decepcionadas, sino que empezaban a estarlo *con ella*.

En cierto modo fue placentera. Sabían que estaba cansada de estar soltera y quería a alguien en su vida, y de una manera casi maternal deseaban que dejara de ser tan exigente, al menos como ellas lo veían. No lo expresarían con esas palabras, por supuesto, pero en los últimos años se había vuelto cada vez más obvio que así era como se sentían. Podía imaginarse sus regaños tácitos.

Si Bill te llevó a una cita agradable, te trató bien y luego te invitó a tomar un café, y eres una mujer que supuestamente quiere encontrar un buen hombre, coges y te vas con él a tomar el café. No puede ser tan jodidamente difícil.

Entonces, ¿por qué no se había reunido con él para tomar un café?

Ella sabía la respuesta, por supuesto. Simplemente no era algo que pudiera explicarles a sus dos amigas tan convencionales. Porque la verdadera respuesta era que no le había interesado ni el café ni el --café-- con Bill específicamente porque él se lo había pedido muy amablemente.

Ella no quería que se lo pidieran amablemente.

Quería que le dijeran que entraría a tomar un café y luego, con el sabor del tostado oscuro

todavía en la lengua, estaría tomando un «café» con él durante mucho tiempo y con fuerza hasta bien entrada la noche. Por desgracia, ni Bill ni nadie fuera de la penitenciaría estatal parecían interesados en decirle a Katie que estaba a punto de ser follada hasta que estuvo dolorida durante días, lo quisiera o no, por un hombre que sabía muy bien que ella realmente lo quería.

Las chicas debieron haber notado su expresión distante, porque Amanda dejó de cantar las alabanzas de cualquier otro candidato post-Bill con el que planeaban engancharla a posteriori para preguntarle si estaba bien.

—Sí, sí, estoy bien, lo siento—, dijo Katie, sonrojándose un poco.

—No sé cómo esperas que te encontremos un hombre si ni siquiera nos escuchas--, dijo Nancy en su tono más de madre más regañona.

Una vez más, aunque le molestaba, Katie no pudo evitar pensar en lo tiernas que en realidad eran sus amigas. Había trabajado con estas chicas durante años y las conocía muy, muy bien. Lo suficientemente bien como para saber que ella no era un objeto de lástima para ellas. Simplemente vieron que su amiga estaba triste y estaban dispuestos a brindarle la ayuda que necesitaba, le gustara o no.

-Si tan solo hubiera alguien más en tu vida con esa mentalidad... y una mano firme... y una polla grande y gorda.

El sonrojo de Katie se hizo más intenso ante ese pensamiento, lo cual probablemente estuvo bien porque sin duda le dio a Nancy la impresión de que su sermón estaba teniendo el efecto deseado. Al final, sus insistentes casamenteras se dieron por vencidas, la conversación derivó hacia el tipo de chismes laborales que eran un placer culpable para los tres, y la noche de Katie finalmente comenzó a mejorar.

Cuando el Uber la dejó en casa, algo ebria, se sentó en su escritorio y abrió su blog recientemente abandonado. Lo había iniciado hace unos años, cuando tenía poco más de veinte años, cuando todavía veía el mundo y sus perspectivas de citas en términos de gomitas y arcoíris. Había sido una salida divertida para ella compartir sus fantasías más profundas, pero parecían más fuera de su alcance a medida que adquiría más experiencia de vida. Ya era hora de una actualización.

¿Dónde está mi suave neandertal? ella lo tituló.

¿Sabes qué es realmente frustrante? Que tus amigas te programen una cita tras otra y tener que inventar nuevas excusas de por qué ninguna funcionó. ¿Es demasiado pedirle a un hombre que sepa lo que necesito… y luego aceptarlo?

Dudo que me queden muchos lectores aquí, pero creo que es hora de un descanso.

Regístrate por ahora para aprender a ser una mujer independiente. Es hora de comportarse como una adulta

Sintiéndose satisfecha con su breve e impulsiva sesión de desahogo, cerró el portátil y decidió rematar la noche con otra copa de vino, un buen baño caliente y un poco de lectura morbosa. Se tomó su tiempo para preparar un baño de burbujas hirviente con sus sales de baño favoritas y se sumergió en él con una copa de merlot y un libro particularmente travieso en su teléfono móvil,

que era resistente al agua, como deberían serlo todos los dispositivos utilizados para la lectura traviesa.

Iba camino de alcanzar al menos un orgasmo perfectamente reparador «quizá incluso bastante placentero si finalmente se materializaba la azotaina que el libro había estado insinuando durante cinco capítulos» cuando su teléfono sonó con la notificación de un mensaje de texto.

Al principio lo ignoró, pero luego la curiosidad empezó a picarle las comisuras de los labios hasta que, por fin, se vio arrastrada al borde del éxtasis orgásmico y se sintió obligada a leerlo. El mensaje procedía de un número desconocido, lo cual ya era sorprendente porque el bloqueador de spam de su compañía telefónica solía mantener a raya ese tipo de cosas. Pero el contenido era cualquier cosa menos un spam común. Era tan sencillo como escalofriante

Te he echado el ojo desde hace mucho tiempo, Katie. Muy pronto vendré a por ti.

Sorprendida, dejó caer su teléfono en el agua burbujeante llena de sal. Cuando lo sacó, el mensaje había desaparecido.

¿Qué coño? ¿Desde cuándo es posible borrar un mensaje de texto del teléfono de otra persona? ¿Lo había imaginado? ¿Había sido parte de su fantasía del libro que estaba leyendo, potenciada por el alcohol que aún tenía en el organismo?

Pero ella sabía que eso no era cierto. Lo que había leído había sido claro como el cristal.

Agarró una toalla y secó su teléfono lo más rápido que pudo, luego se enjuagó bajo el rociador de la ducha antes de secarse y vestirse.

Se dio cuenta de que necesitaba llamar a la policía, y por muy excitante que le pareciera seguir vestida con una toalla (o sin nada) cuando un grupo de fornidos policías acudieran corriendo a rescatarla, decidió guardar esa imagen para el mundo de las fantasías. Pero mientras descolgaba el teléfono para llamar al 911, empezó a preguntarse cómo respondería a la inevitable pregunta, ¿Cuál es su emergencia, señora?

Hola Sr. Operador del 911, acabo de recibir un mensaje de texto espeluznante. ¿Qué dice? Bueno, no recuerdo cada palabra porque... bueno... se borró solo. Sí, se borró solo. No, juro que no me lo estoy inventando. Sí, sé que parece que estoy un poco achispada, ¡pero de verdad que recibí este mensaje!

No, antes de hacer una llamada así, necesitaba algo concreto que mostrarles. ¿Qué debería hacer ella entonces? ¿Llamar a Geek Squad o a los genios de la tienda Apple y ver si alguno de ellos podría descubrir cómo recuperar mensajes de texto eliminados de un acosador psicópata secreto? ¿Era ese un servicio que ofrecían de emergencia a altas horas de la noche?

Sospechando que no era así, consideró otras opciones. Podría preguntarle a Amanda o a Nancy si podía quedarse a dormir en una de sus casas, pero la idea de soportar el tono crítico de todas las preguntas que le harían le hizo dejar la idea de lado.

Estaba empezando a convencerse de que tal vez el mensaje realmente había sido producto de su

imaginación cuando la combinación de un largo día de trabajo y un par de copas de vino la hicieron dormir allí mismo, en el sofá donde había estado esperando para saludar a los agentes de policía a los que había decidido no llamar.

* * *

Tres semanas después

El doctor Richard Evans estaba bastante satisfecho consigo mismo. En sólo cuestión de semanas había organizado lo que se perfilaba como un secuestro exquisitamente bien ejecutado. Había leído la publicación del blog de su chica traviesa en el momento en que recibió la alerta por correo electrónico, y lo que ella había dicho allí lo había convencido de que realmente era hora de hacer lo que había pensado hacer durante tanto tiempo.

Ella ya no quería sólo un hombre como él. Finalmente se había dado cuenta de que necesitaba *uno* y la publicación le pareció la culminación frustrada de ese proceso de pensamiento. Durante años había mantenido una apariencia de autocontrol, contentándose con simplemente admirarla desde lejos, pero ahora había llegado el momento de actuar.

Richard siempre había disfrutado cuando llegaba el momento de actuar.

Esa no era la única razón por la que era multimillonario. Sin embargo, era la razón por la que tenía el tipo de contactos que le permitían planear llevarse a una hermosa mujer al hombro como un troglodita, hacer todo lo que quisiera con ella y luego llevarla de vuelta a su apartamento para que despertara en su cama al día siguiente, todo ello sin preocuparse seriamente de acabar entre rejas.

Mientras la veía meterse en la cama y apagar las luces de una de las cámaras que había instalado en secreto, Richard se preguntó si Katie tendría alguna pista de que aquella era la noche.

Sabía que seguía pensando en su mensaje. Sus búsquedas en Internet lo reflejaban, al igual que los minutos que cada día dedicaba a mirar con nostalgia su aplicación de mensajería. ¿Intentaba que el mensaje reapareciera por arte de magia? ¿O se preguntaba, quizá incluso esperaba, si recibiría otro?

Teniendo en cuenta la frecuencia con la que esos momentos de nostalgia iban seguidos de Katie acariciándose el clítoris hasta el orgasmo, él sospechaba que su interés por un mensaje de seguimiento tenía poco que ver con el deseo de obtener pruebas que le permitieran denunciar su situación a la policía de forma más creíble. No, estaba claro que la idea de ser secuestrada por alguien que sabía lo que necesitaba y estaba dispuesto a dárselo era profundamente excitante para su chica descarada.

No tendría que esperar mucho más.

Ya estaba delante de su puerta, que había quedado sin llave al anular el sistema de cerradura digital de su complejo de apartamentos

Su vida estaba a punto de cambiar para siempre y él planeaba asegurarse de que fuera para

mejor.

CAPITULO DOS



Katie se despertó e instantáneamente supo que algo iba mal. Varias cosas. Todo a su alrededor estaba oscuro y, al principio, supuso que había habido un apagón, pero entonces reconoció la sensación de una tela sobre los ojos y se dio cuenta al instante de que le habían vendado los ojos. No era un buen comienzo, pero las cosas empeoraron rápidamente.

Estaba tumbada boca arriba con los brazos estirados por encima de la cabeza y, cuando trató de bajarlos descubrió rápidamente que tenía las muñecas atadas y ancladas a lo que estuviera tumbada, lo que le bloqueaba los brazos. Luego intentó darse la vuelta, sólo para descubrir que le habían colocado lo que parecían correas por todo el cuerpo, una sobre el pecho, justo encima de los senos, otra justo debajo de los senos y otra más sobre la cintura.

Pero ni siquiera eso era lo más inquietante. Porque, a diferencia de su espalda, sus piernas no estaban apoyadas contra la mesa. Estaban levantadas, dobladas por las rodillas y muy separadas, y las habían colocado en lo que parecía la versión loca de unos estribos ginecológicos. Los semicilindros metálicos se extendían desde justo por encima de sus talones hasta la parte posterior de sus rodillas, y liberar sus piernas era imposible, reconoció rápidamente, porque también habían sido atadas firmemente en su lugar.

Para colmo, aunque notaba que aún llevaba puestas las bragas, no parecía llevar nada más, y su cuerpo casi desnudo sólo estaba cubierto por una especie de tela fina y rasposa que parecía casi una de esas mantas baratas de hospital. Los bordes inferiores de la manta le hacían cosquillas en los muslos desnudos, lo que indicaba que, aunque su coño en bragas estaba protegido de la vista, apenas lo estaba. La situación era aún peor en la parte superior, donde notaba que el borde ligeramente deshilachado de la sábana descansaba unos centímetros por encima de sus pezones. Era bastante siniestro, porque, aunque estaba razonablemente segura de que agitarse sería inútil para liberarla de sus ataduras, inevitablemente sus pezones, actualmente cubiertos, acabarían totalmente expuestos para el placer visual de cualquier psicópata que la hubiera atado allí.

Entonces cayó en la cuenta.

Sabía muy bien quién diablos la había atado. Era quien le había enviado aquel misterioso mensaje hacía unas semanas. No recordaba que la hubieran desnudado y atado, así que debía de haberla drogado de alguna manera y, aunque no podía estar completamente segura debido a la venda que llevaba en los ojos, estaba jodidamente segura de que ya no estaba en su pequeño y bonito apartamento.

Habiendo evaluado su situación lo mejor que pudo, Katie trató de considerar su próximo

movimiento. Sin embargo, el pánico se apoderó de ella y empezó a agitarse contra sus ataduras, luchando desesperadamente por liberarse.

Esto tuvo precisamente el efecto que había temido. No consiguió liberarse ni aflojarlas un ápice, pero tuvo mucho más éxito a la hora de enseñar los pezones. Cuando desistió de su lucha, la manta seguía pegada a su pecho derecho lo suficiente como para dejarle una pizca de pudor, pero el izquierdo no tenía tanta suerte, y podía sentir cómo el aire frío de la habitación le ponía la piel de gallina en la carne desnuda de aquel pezón dolorosamente rígido.

Este gilipollas te va a dar de comer a su caimán o algo así, ¿y te preocupa que te vea las tetas?

Con o sin razón estaba preocupada, además de humillada por la idea de estar tan expuesta. No era sólo su pezón, se dio cuenta instintivamente. Aunque la posición de la manta había sido precaria para su pudor, la forma en que insinuaba una futura exposición parecía más precisa que aleatoria. Preservar una pizca de su dignidad ahora le permitía perder ese privilegio más tarde, a discreción de su captor. Estaba claro que quería que se anticipara a lo que suponía que sería su inevitable exposición, pero dejándola con el suficiente pudor por el momento para que, cuando llegara esa exposición, recibiera todo el nivel de humillación que merecía.

O, ya sabes, simplemente te va a dar de comer a ese caimán, y le da una indigestión terrible si come demasiada mezclilla y algodón.

Su voz interior estaba hoy de un humor particularmente macabro, pero para ser justos, podía entender de dónde venía. Al mismo tiempo, por razones que no podía explicarse ni a sí misma, sentía una anticipación nerviosa y, lo que era aún más extraño, una sensación de calor en lo más profundo de su ser. En parte era excitación, se dio cuenta, pero había algo más. Era como si, durante el sueño inducido por las drogas, su subconsciente hubiera procesado sus interacciones con el presunto secuestrador y hubiera llegado a la conclusión de que no parecía un psicópata asesino. Cómo había llegado exactamente a esa conclusión no era una información a la que su mente consciente tuviera privilegio, y ella era más que un poco escéptica, pero la sensación estaba ahí a pesar de todo.

En cualquier caso, sabía que lo que viniera a continuación cambiaría irrevocablemente su vida... y una parte de ella que llevaba mucho tiempo encerrada parecía entusiasmada ante esa perspectiva.

Su ensoñación fue interrumpida por una puerta que se abría y cerraba, seguida de unas pisadas que parecían cruzar la habitación hacia ella antes de detenerse junto a su cabeza.

—Hola, Katie.

¿Era posible correrse sólo con la voz de un hombre? Ella no lo habría pensado, pero a pesar de todos los aspectos inquietantes de su situación actual, sintió que su coño se apretaba con sólo esas dos palabras. Su voz era profunda. No profunda como la de Johnny Cash, sino profunda, pero también meliflua de un modo que parecía indicar sofisticación.

Así que su secuestrador es un hombre refinado... maravilloso.

—¿Quién... quién eres?—, respondió ella, con la voz temblorosa.

—Con el tiempo aprenderás mi nombre, pero no tiene importancia. De momento, llámame doctor.

—...¿Doctor? ¿Es usted médico?

—Lo soy. ¿Sientes algún tipo de dolor de cabeza o mareo?

Vale, esto era simplemente extraño. Le estaba hablando como si acabara de salir de una amigdalectomía en lugar de como si fuera una chica casi desnuda a la que había atado a una mesa en lo que ella creyó que debía ser su sótano. Aun así, no vio razón para atormentarle, así que contestó.

—No... no, me encuentro bien, doctor.

—Estoy seguro de que has adivinado que te drogaron antes de traerte aquí, ¿verdad?.

—Sí, doctor.

—¿Sabes por qué no tienes ninguno de los efectos nocivos típicos de esa droga?

—No, ¿por qué?

—Porque soy un médico excelente—, contestó en tono chulesco, pero de una forma que parecía indicar humor más que verdadera arrogancia.

Se cree muy listo. Qué simpático.

Dejando a un lado su descarada voz interior, en cierto sentido era entrañable. No todos los días tu secuestrador saca a relucir su arrogancia para alegrarte el día.

—¿Por qué estoy aquí?— Katie preguntó, buscando un tono firme pero no hostil.

—Creo que ya sabes por qué estás aquí, Katie. Por eso este bonito pezón está tan tieso—, dijo él, y en ese preciso momento, ella sintió las yemas de sus dedos rozando su pezón expuesto, sensible y, de hecho, dolorosamente tieso.

—Pero habrá tiempo de sobra para eso dentro de un momento—, dijo él, y entonces ella sintió que él levantaba la manta lo suficiente para recuperar el pezón que ahora estaba desesperado por recibir más de sus caricias. —Ya que lo has preguntado tan respetuosamente, responderé a tu pregunta. Estás aquí porque durante mucho tiempo has necesitado a un hombre como yo para hacer lo que voy a hacerte, tanto esta noche como en el futuro.

—¿Qué... qué va a hacerme, doctor?—, preguntó ella con una voz que, a pesar de sus esfuerzos, temblaba con una alarmante combinación de inquietud y lujuria.

Su aliento en el cuello le indicó que se había agachado, y sus siguientes palabras fueron susurradas directamente a su oído. —Todo lo que siempre has necesitado. Todo lo que siempre te has preguntado. Y mucho, mucho más —.

Entonces le mordió el lóbulo de la oreja. El mordisco no le dolió, pero algo en ello la asustó aún más que si lo hubiera hecho. No había sido doloroso; había sido posesivo. Le dijo que, lo supiera ella o no, ya le pertenecía de algún modo profundo y vergonzoso que no debería hacer que se le estrechara el coño.

Dejó que Katie se quedara allí un momento, contemplando sus palabras. Después de todo, había muchas cosas con las que había fantaseado que le hiciera un hombre que estuviera tan bueno como ella había decidido que estaba basándose sólo en su voz, pero ¿iría tan lejos como para decir que necesitaba esas cosas? Además, ¿cómo era posible que él conociera tan bien sus fantasías? Ya sospechaba que había pirateado su teléfono y probablemente también su ordenador, pero su historial de búsquedas sólo revelaría un subconjunto relativamente pequeño de sus fantasías. Aunque, para ser justos, algunas de esas búsquedas tenían que ver con un médico sexy... ¿Quizá parte de su formación médica (si es que era médico) incluía algún tipo de perfil de personalidad y estaba haciendo una conjetura?

Como para responder a su pregunta, volvió a hablar, y su voz parecía provenir ahora de su lado. —Te preguntas cómo es posible que yo sepa lo que necesitas, ¿verdad, Katie?—.

—Sí, doctor.

—Descubrirás en las próximas semanas que te conozco mejor que tú misma en muchos aspectos. Pero adivinar lo que necesita una chica que bloguea sobre Neandertales delicados no se necesita tener un título en medicina.

Katie se sonrojó. Puesto que él le había pirateado el teléfono, ella había supuesto que también le había pirateado el ordenador, y tal vez lo había hecho. Sin embargo, se había entretenido tanto pensando en las formas tecnológicas en que él podría haber descubierto sus deseos más íntimos que se había olvidado de que los había publicado en Internet para que todo el mundo los leyera. A veces con detalles vergonzosamente descriptivos...

—Se siente un poco diferente cuando no tienes que esconderte detrás de una pantalla de ordenador, y el hombre que va a hacer que te corras más fuerte que en toda tu vida está de pie justo delante de ti, ¿verdad, Katie?

Dios mío. ¿Estaba hablando en serio?

Nada en su tono decía que no hablara en serio y nada en la forma en que su coño se apretaba indicaba que no fuera totalmente capaz de hacerla correrse, posiblemente sólo con sus palabras o, a lo sumo, con un simple movimiento de su dedo sobre su clítoris, probablemente pronto expuesto.

Entonces volvió a sentir su aliento en la mejilla y él volvió a susurrarle al oído. —Así es, Katie. No pude verlo bajo la sábana, pero tu coño se apretó con fuerza, ¿verdad?.

—¿Cómo... cómo sabes eso?

—Hay una razón por la que te dije que me llamaras doctor—, respondió, pero de nuevo, no hacía falta ser el primero de mi clase en Johns Hopkins para saber que el coño de una chica atrevida se acaba de estrechar al verla sonrojarse y ver cómo se le cortaba la respiración.

¿Tan obvia había sido?

Si duda fuiste así de obvia.

—¿Sabes lo que haré ahora, Katie?

—No, doctor...

—Voy a tirar de esta sábana hacia abajo, y luego voy a echar un vistazo mucho más de cerca a esos hermosos pezones tuyos. Dime la verdad, Katie. Estarán muy, muy tiesos, ¿verdad?

—¡No!— gritó ella.

Por qué mentiría ella sobre algo que él mismo podría comprobar en unos instantes. No tenía ni idea, pero la respuesta había sido instintiva. Por supuesto, sus pezones estarían dolorosamente rígidos, pero su secuestrador no tenía por qué señalárselo, y ella misma no iba a reconocerlo.

—Ya veremos, Katie.— Luego se inclinó para susurrar: —Si resulta que me estás mintiendo, tendrás que ser castigada.

Su coño se tensó de nuevo, con más fuerza que antes, y el doctor se rio. Era un sonido bajo, casi gutural, lleno de lujuria. No necesitó decir nada más. Sabía que ella estaba empapando las bragas que él sin duda le quitaría dentro de un rato.

Entonces, antes de que tuviera la oportunidad de reflexionar sobre lo que le esperaba, sintió los dedos del doctor recorriendo sus mejillas, su cuello y la parte superior de sus pechos antes de llegar al punto justo por encima de sus pezones donde la sábana comenzaba a cubrir su cuerpo.

—He estado esperando este momento, Katie. Creo que tú también.

El tercer apretón fue el más duro hasta el momento.

—Me lo imaginaba—, dijo el doctor, aparentemente en respuesta a su coño más que a la propia Katie.

Entonces sintió que la fina tela se levantaba de sus pezones increíblemente erectos y descendía lentamente hasta descansar justo debajo de sus pechos. Se había preguntado si le quitaría la sábana por completo, pero supuso que, como mínimo, se la bajaría hasta la cintura. Sin embargo, llevársela hasta debajo de los pechos resultó ser mucho más humillante. Aunque le había dicho exactamente lo que estaba haciendo, el hecho de que se tomara la molestia de bajársela lo suficiente para dejarle los pechos al descubierto acentuaba su desnudez y dejaba bien claro que pretendía concentrarse en ellos al menos durante los siguientes instantes. Un segundo después, sintió las yemas de sus dedos acariciar ambos pezones a la vez.

—Están muy, muy tiesos, ¿verdad, Katie?

—Sí, doctor. No tenía sentido negarlo ahora. —Lo siento...— se disculpó preventivamente.

No estaba claro con quién se estaba disculpando o por qué. ¿Se disculpaba con él por mentir? ¿O por la rigidez de sus pezones? ¿O se estaba disculpando consigo misma por la vergonzosa exhibición que estaba haciendo ante un hombre que la había drogado, sacado a rastras de su apartamento y atado a una camilla? ¿Tal vez las tres cosas a la vez?

—Te dije lo que pasaría si me mentías, ¿verdad, Katie?

—Sí, pero...

—¿Qué te dije que pasaría?

—Tú... me dijiste que me castigarías, pero no quería decir....

Las yemas de sus dedos dejaron de burlarse y tomó cada uno de los pezones con fuerza entre el índice y el pulgar. No los pellizcó tan fuerte como para lastimarlos, sólo lo suficiente como para hacerle saber lo que se avecinaba.

—Las chicas malas que mienten al doctor necesitan una lección—, dijo.

Luego hizo lo que ella sabía que haría. Pellizcó ambos pezones a la vez. Muy, muy fuerte.

Ella gritó, tensando y flexionando los músculos y haciendo todo lo posible por liberar sus instantáneamente doloridos pezones de aquel severo apretón, pero fue en vano. Él siguió apretándolos con fuerza, manteniendo el pellizco y añadiendo una vuelta de tuerca para amplificar el mensaje. Su cuerpo libró una breve batalla con él para determinar si podía permanecer tensa y levantada de la camilla más tiempo del que él podía mantener la idéntica cantidad de dolor en sus pezones. Sin embargo, perdió rápidamente la batalla y volvió a desplomarse con su carne sensible aún sujeta con fuerza entre los dedos de él.

Al menos había dejado de retorcerse. Pequeñas victorias...

—¿Vas a mentirme otra vez, Katie?

—No, doctor—, dijo ella en un tono jadeante y suplicante que hablaba tanto de rendición abyecta como de excitación impotentemente intensa.

—Bien—, respondió él, retirando por fin los dedos de sus pezones, ahora profundamente doloridos. —Porque si lo haces, la próxima vez no usaré los dedos. Usaré mis dientes.

¿Era el cuarto apretón? No, casi seguro que era el quinto, si no el sexto. Ella se había corrido innegablemente por lo menos una o dos veces durante el castigo de sus pezones.

—Ahora, Katie, creo que es hora de empezar. Me hubiera gustado hacer esto sin que tus pezones estuvieran ya doloridos, pero como no me dejaste otra opción, tendré que calmarlos un poco primero.

Ella no sabía exactamente a qué se refería con eso hasta que, un momento después, sintió que sus labios se cerraban en torno a su pezón izquierdo y succionaban el pequeño y rígido pezón hasta el fondo de su boca. Empezó a pasar la lengua por la punta, rodeándola con ternura. Era realmente relajante, pero no ayudaba en absoluto a aumentar el tamaño de la mancha húmeda en sus bragas. Finalmente, después de lo que parecieron minutos, pero probablemente sólo fueron segundos, levantó la cabeza y repitió el proceso en el pezón derecho.

Entonces, por fin, volvió a hablar con naturalidad. —Ya está. Ahora estamos listos para empezar.

—¿Empezar…empezar qué, doctor?

—A evaluar la sensibilidad de estos pezones, por supuesto—, respondió. —Pero antes de empezar, tendremos que poner nuestra instrumentación en su sitio...

¿Su instrumentación? ¿Qué coño significaba eso?

—...y para ello, necesitaremos acceder a tu empapado coño—, terminó.

Después de esas palabras, ella sintió que él levantaba la parte inferior de la sábana de donde yacía entre sus piernas abiertas y la doblaba hasta justo por encima de la cintura de sus bragas.

¿Ahora iba a desnudarla?

Encontró la respuesta cuando uno de sus callosos dedos apartó la braguita. Aunque no la dejaba completamente al descubierto, su orificio vaginal estaba totalmente disponible y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, sintió que algo frío y metálico se deslizaba en su interior. ¿Era un espéculo?El dispositivo empezó a expandirse y ella supo que había acertado. Pero, ¿qué coño tenía esto que ver con sus pezones?

Como siempre, el doctor pareció anticiparse a lo que ella debía estar preguntándose, y respondió a su pregunta por ella. —Este espéculo es un poco diferente a lo que estás acostumbrada en el ginecólogo, Katie. Sus mordazas están diseñadas para ser ligeramente flexibles. Cuando aprietes el coño, se forzarán un poco hacia dentro y un conjunto de sensores registrará ese desplazamiento. La lectura resultante indicará la fuerza con la que tus músculos de Kegel se comprimieron, lo que proporcionará un indicador razonable de la respuesta de excitación de tu cuerpo al estímulo dado.

Todo aquello sonaba al tipo de chorradas de ingeniería que habrían hecho que su mente huyera a su lugar feliz si una pareja (o cualquiera) hubiera empezado a hablar de ello en cualquier otro contexto.

—¿Va a medir... mi excitación?

—Correcto, Katie.

Ella no podía decir por qué exactamente, pero saber que él iba a medir su excitación de alguna manera cuantitativa era infinitamente más humillante que la ya vergonzosa idea de que él simplemente la observara.

—También tengo un sensor de calor enfocado a tu rostro, Katie, y deberías saber que captó muy bien ese rubor.

¿Estaba hablando jodidamente en serio?

Sabes perfectamente que habla en serio.

Pasó suavemente la yema de un dedo por una de esas mejillas sonrojadas y dijo en un tono casi reconfortante: —Sé que esto es embarazoso, Katie—. Entonces, de repente, a mitad de la frase, el tono cambió de tranquilizador a pura y cruda lujuria cuando se inclinó una vez más para susurrarle al oído: —Pero necesitas que lo sea, ¿verdad?

¡Uf!

Sus instrumentos habrían captado la respuesta de su cuerpo a esas palabras. Lo confirmó un momento después cuando dijo: —Ese ha sido tu apretón más fuerte hasta ahora, Katie. Pero creo que podemos hacerlo mejor...

Con esas palabras, el hombre al que ella sólo conocía como «el doctor» se agachó y empezó a rodearle suavemente los pezones con las yemas de los dedos, empezando un poco lejos y subiendo poco a poco hasta los extremos. Ya estaban erectos cuando empezó, y en unos instantes estaban palpitantemente rígidos.

Entonces, de repente, le dio a cada uno un fuerte pellizco. El aullido de dolor de Katie coincidió

con el fuerte apretón de su coño contra el espéculo, y la idea de que esa respuesta quedara registrada por el instrumento del doctor hizo que se ruborizara de nuevo, lo que de hecho también quedaría registrado.

—Muy bien, Katie—, dijo el doctor. —Otra buena y firme contracción.

Reanudó su manipulación de los pezones, dejando pasar quizás un minuto antes de darle otro firme pellizco, que produjo el mismo conjunto de respuestas que el primero. No dijo nada en ese momento, pero después de una tercera repetición del proceso, volvió a hablar. —Interesante... tu respuesta de excitación sigue siendo alta, aunque, como era de esperar, disminuye ligeramente en cada repetición. Tendremos que hacer alguna combinación.

Tras esas palabras, volvió a inclinarse sobre ella y se llevó el pezón derecho a la boca. Empezó a lamerlo, chuparlo y mordisquearlo suavemente antes de darle un mordisco más complicado con los dientes que la hizo gritar de nuevo y le provocó espasmos en el coño. Repitió el proceso con el pezón izquierdo, lo que supuso otro pico en las lecturas, y luego se quedó un momento en silencio, probablemente leyendo los resultados.

Cuando volvió a hablar, parecía satisfecho. —No está mal, no está mal—, dijo en voz baja.

Parecía estar hablando más consigo mismo que con ella, pero eso de alguna manera lo hacía aún más embarazoso para Katie. Ya era suficientemente desagradable cuando él le hablaba de un modo que pretendía hacerla sonrojar, pero era aún más humillante que se hablara de ella como si fuera un sujeto de pruebas humano al que estuvieran sondeando en un laboratorio alienígena.

—Creo que es hora de que introduzcamos algunas formas más de estimulación—, dijo a continuación, dirigiéndose claramente a ella. Se preguntó qué significaría aquello hasta que oyó el tintineo metálico de lo que supuso que era un instrumento quirúrgico que levantaba de una bandeja a un lado de ella. Un momento después, sintió el cosquilleo de lo que parecía una rueda con púas que le hacían rodar entre los pechos.

Ya había oído hablar de ellas, aunque no recordaba dónde...

¿Cómo se llamaba? ¿Una rueda Worcestershire? ¿Una rueda Washington?

—Es una rueda Wartenberg—, respondió a su pregunta mental.

Y empezó a hacer rodar la puntiaguda punta circular del instrumento desde la base del pecho derecho hasta el pezón, luego por la parte superior del pecho hasta la base del cuello, antes de repetir el proceso horizontalmente por el mismo pecho, y luego varias veces más en ángulos variables hasta que cada centímetro de su carne sensible sintió la suave sensación de pinchazo de las púas de la rueda.

La presión era ligera, y aunque los pinchos dolían un poco, no llegaban a romper la piel, y la sensación era más placentera que dolorosa. Finalmente, empezó a girar la rueda en círculos cada vez más pequeños alrededor del pezón. Por último, lo hizo rodar una última vez directamente sobre la punta, esta vez lo bastante fuerte como para que Katie gritara... y volviera a presionar el espéculo, por supuesto.

Clínico como siempre, repitió todo el proceso en el pecho izquierdo antes de hacer su habitual comentario sobre la respuesta del cuerpo de Katie a sus manipulaciones.

—La estimulación suave parece moderadamente eficaz, pero está claro que para excitarte bien hace falta un poco de dolor—, le informó con naturalidad.

Katie se sonrojó. Lo sabía instintivamente desde hacía mucho tiempo, pero oírlo explícitamente con palabras respaldadas por datos científicos, o al menos por lo que podía pasar por datos científicos, aumentó su excitación y su vergüenza.

Pareciendo percibir su angustia, continuó: —No hay nada malo en excitarse con el dolor, Katie. Tu cuerpo se excita con lo que se excita. No es algo que puedas controlar ni que debas intentar controlar. Sólo significa que necesitas encontrar a alguien que sepa lo que necesitas y cómo dártelo.

El Dr. Phil te ha secuestrado.

Dejando a un lado el sarcasmo de su voz interior, Katie se sintió reconfortada por las palabras de su secuestrador. Parecía conocerla ya bien, quizá mejor que nadie. Tal vez incluso mejor que ella misma. Y oír que alguien que la conocía tan bien no sólo aceptaba sus inusuales necesidades, sino que las alentaba activamente, era un cambio agradable.

—Probemos una cosa más y luego pasaremos a tu empapado coño.

Se preguntó qué diabólica herramienta pensaba utilizar a continuación, hasta que un goteo de líquido frío cayó sobre su barriga desnuda. Un momento después, sintió la sensación húmeda, resbaladiza y fría de lo que sabía que debía ser hielo tocando la punta de su pezón derecho.

Al principio, ni siquiera Katie sabía cómo reaccionaría su cuerpo al contacto helado con su sensible y antes caliente pezón. Probablemente lo pondría aún más rígido, pensó, pero ¿lo entumecería también? A medida que el hielo hacía pequeños círculos, se confirmó rápidamente que endurecería aún más el sufrido pezón, pero (al menos hasta el momento) no había señales de ningún efecto adormecedor. Apartó el hielo de su adolorido pezón, se inclinó y sopló suavemente sobre él, y la cálida sensación de su aliento casi la hizo correrse allí mismo.

Luego, volviendo a tocar la carne temblorosa con el cubito, empezó a rodear la base del pecho antes de pasar lentamente el hielo por cada centímetro de su piel, ahora húmeda y brillante, hasta llegar a la cima. Mantuvo el hielo allí durante un largo rato, luego completó el recorrido hasta la base y volvió al pezón de nuevo, donde esta vez lo tuvo aún más tiempo. Finalmente, en lugar de desechar el cubito casi derretido, se lo colocó en el pecho, entre los senos, y dejó que terminara de derretirse lentamente allí, dejando un pequeño reguero de agua fría que corría por su barriga desnuda y se acumulaba en su ombligo.

Después, cogió un nuevo cubito de hielo y, como ella ya se había acostumbrado, repitió todo el procedimiento con gloriosa precisión y detalle en el pecho izquierdo. Cuando los restos de aquel cubito sustituyeron por fin al original, ya derretido, sobre su pecho erizado, volvió a inclinar el rostro y se llevó suavemente los pezones a la boca, uno tras otro.

Cuando sus palpitantes pezones volvieron a estar calientes, recorrió con la lengua el camino que el agua había seguido hasta su ombligo y luego deslizó la lengua hacia dentro, obligando al líquido acumulado a correr por sus costados. Ella no sabía cómo sentirse ante aquella invasión extrañamente íntima. Sin embargo, sus instrumentos sabían exactamente cómo se sentía porque cuando él se levantó, presumiblemente para mirarlos, emitió un sonido de satisfacción.

—Parece que el hielo en tus pezones te excitó bastante, Katie, pero no tanto como cuando después los calenté en mi boca. Y explorar tu ombligo con mi lengua resultó en uno de los contracciones más fuertes por ahora—. Al principio no mencionó su rubor, pero eso cambió rápidamente cuando continuó: —Veo que al notar la sensibilidad de tu ombligo también yo me he sonrojado mucho.

¿Por qué coño le excitaba eso? ¿Qué le pasaba?

—He disfrutado mucho de estos hermosos pechos tuyos, Katie, pero creo que es hora de seguir adelante. Sabes dónde haremos la próxima prueba, ¿verdad?

No esperó respuesta a su pregunta retórica. En lugar de eso, se limitó a quitarle por completo la sábana del cuerpo, dejando a la vista su coño en bragas. Ya había tenido una buena visión del mismo cuando le colocó el espéculo, pero por muy embarazoso que hubiera sido que le apartara el refuerzo de las bragas, la idea de que le quitara el último vestigio de su pudor (o dignidad... o ambas cosas) era profundamente humillante.

—Es hora de que te quites esas bragas, Katie, para que pueda ver todo lo que necesito ver.

Sus palabras dejaron aún más húmedo el coño que estaba a punto de revelar en todo su esplendor, pero ¿cómo iba a quitarle las bragas? ¿Se limitaría a bajárselas hasta donde se lo permitieran sus piernas abiertas? Eso sería embarazoso a su manera, pero dudaba que fuera eso lo que tenía en mente, y sus sospechas se confirmaron cuando sintió el frío acero de lo que supuso que era la parte plana de un bisturí de cirujano presionando suavemente contra su bajo vientre.

Después de darle unos segundos para anticiparse, deslizó un dedo por debajo de la cintura de sus bragas en el lado izquierdo y retiró el material de su cuerpo, luego cortó el fino algodón con un movimiento rápido y hábil. Dejó que la tela cortada cayera sobre el trasero y repitió el proceso en el otro lado, dejando que la prenda arruinada cayera sobre su coño, que pronto quedaría desnudo. Luego, dejando a un lado el bisturí, bajó lentamente lo que quedaba de la parte delantera de sus bragas hasta que la parte superior de su coño quedó a la vista.

—Voy a disfrutar viendo de cerca este precioso coño, Katie—, dijo en un tono entrecortado que indicaba que no sólo iba a disfrutarlo, sino que una parte de él, en particular, ya lo estaba disfrutando mucho.

Por fin llegó el momento.

Apartó los últimos jirones de tela de su empapada feminidad y, con un rápido movimiento, arrancó las bragas de debajo de ella. Aunque ya no quedaba nada que las mantuviera en su sitio, salvo la fricción, eso fue suficiente para que Katie chillara del dolor que le produjo el material al ser arrancado de debajo de su culo y entre sus cachetes fuertemente apretados. Con Katie ahora completamente expuesta, el doctor hizo una pausa, apreciando claramente la vista que tenía ante él.

—Tienes un coño increíblemente perfecto, Katie.

No necesitaba ningún comentario pseudocientífico para saber que se ruborizaba al oír esas palabras y que el mencionado coño se le había cerrado con mucha, mucha fuerza. Aunque era su peor crítica, siempre había sabido que tenía un coño bonito, pero el hecho de que él se lo señalara

la hizo sentirse expuesta y cachonda... y muy, muy necesitada de la polla dura que supuso que le estaba llenando los pantalones.

Pasó un dedo desde la abertura de su canal hasta su coño, alrededor de su clítoris y luego hacia atrás, cubriendo la punta con su humedad. Luego, mirándola a los ojos, se lamió el dedo.

—Sabes aún mejor de lo que pensaba, Katie.

Eso debería haber sonado espeluznante, pero no lo fue. Sólo hizo que su coño se humedeciera aún más, como si se sintiera ofendida por haber deshecho parte de su duro trabajo de crear un charco de excitación y tuviera que redoblar sus esfuerzos.

Inclinándose, le susurró al oído de un modo mucho menos clínico: —Estás muy mojada para mí, Katie. ¿Sabes lo fuerte que voy a follarte ese agujerito tan estrecho muy pronto?

No se molestó en mencionar las lecturas de excitación después de esa declaración. No era necesario. Ambos sabían que estarían por las nubes.

Entonces, habiendo decidido que la había provocado verbalmente tanto como deseaba por el momento, llevó las yemas de los dedos a su clítoris y comenzó un acercamiento mucho más práctico. Se tomó su tiempo, trazando círculos perfectos sobre su tembloroso clítoris, sin aumentar ni disminuir el ritmo ni la presión. Antes de ese momento, ella habría supuesto que la sensación atrozmente monótona de su clítoris rodeado una y otra vez la habría desanimado o, como mínimo, no la habría excitado, pero estaba muy, muy equivocada.

Ya fuera por la forma clínica en que él lo hacía, por la vergüenza que le producía su impotente excitación o simplemente por la cruda respuesta física de su cuerpo a la íntima estimulación, sintió que se acercaba al borde del clímax. Pero justo cuando su orgasmo estaba a punto de alcanzar la cima y arrasarla, el doctor interrumpió sus caricias y le dio un fuerte pellizco en el clítoris. Ella chilló, pero un gemido de placer lascivo siguió rápidamente a su agudo grito de dolor cuando él se inclinó para acariciar con la lengua el miembro que acababa de maltratar tanto.

Se acercó de nuevo, pero su lengua también se retiró justo a tiempo. Otro pellizco la dejó al borde del abismo, y entonces llegó el momento de que sus labios la complacieran. Chupando suavemente y luego cada vez más fuerte, la acercó aún más al precipicio de lo que había estado antes. De hecho, por un momento pensó que ya había caído, sólo para ser agarrada y arrastrada hacia atrás por un rápido y agudo mordisco de sus dientes que arrancó un grito lastimero de sus labios.

—No puedo dejar que te corras todavía, Katie. Arruinaría todas mis medidas.

Ella no estaba segura de creerlo, pero estaba muy, muy segura de que le importaban una mierda sus medidas y de que, si no la hacía correrse muy pronto, se pondría como una fiera, se liberaría de sus ataduras y lo asfixiaría con el coño empapado que había estado atormentando. Sin embargo, cuando sintió el pinchazo de la rueda de Wartenberg en los labios exteriores, descubrió rápidamente que no había sido víctima de una explosión de rayos gamma y que, por lo tanto, sus intentos de liberarse eran totalmente inútiles y, probablemente desde el punto de vista de él, adorables.

—Eres tan hermosa cuando luchas así. Me encanta ver esos músculos tonificados flexionarse.

Lo odiaba muchísimo... pero un poco menos por eso de que sus músculos estaban tonificados. Anotó mentalmente que dejaría una crítica de cinco estrellas para su entrenador personal.

—Es increíble trabajar con Chad. Me puso en forma para mi secuestrador.

—No te preocupes, mi pobre Katie. Conseguirás correrte antes de que termine contigo esta noche.

Que se joda por llamarla pobre.

Que se joda dos veces por ser correcto.

Que le jodan mucho por no dejarla correrse ahora mismo.

—Oh, también me gusta esa mirada feroz en tu rostro. Quieres correrte ahora mismo, ¿verdad?— Su tono destilaba algo que ella normalmente llamaría sarcasmo burlón, excepto que parecía destinado más a acentuar su exasperante e intensa excitación que a herir sus sentimientos.

—Veo por tu mueca que ya has tenido suficientes bromas por ahora, Katie. Es hora de que vuelva a sacar el hielo.

Ella se había estado preguntando si él iba a usar eso. Bueno, en realidad no se lo preguntaba. Estaba muy segura de que lo haría, porque el nivel de TOC que había demostrado hasta ahora hacía imposible concebir que se saltara un paso al tratar con su coño.

El hielo en el clítoris le produjo la misma sensación que en los pezones, pero mucho más intensa. El toque helado en su punto más sensible fue una tortura, pero el alivio que siguió, primero con su aliento caliente y luego con su boca, fue celestial. Tan celestial, de hecho, que estuvo a punto de ganar el pequeño juego al que aparentemente estaban jugando, corriéndose en su rostro mientras él le chupaba el clítoris helado hasta que volvió a estar caliente después de la última visita del hielo. Estuvo muy, muy cerca. Pero al final él volvió a ganar la partida y ella se desplomó sobre la mesa, derrotada y muy, muy enfurruñada.

—Esa fue la lectura más alta de todas. Estuviste muy, muy cerca, ¿verdad Katie? Y ese es el rubor más brillante que hemos visto, también. ¿Debería hacerte correr ahora?

¿Era una pregunta retórica?

—Si quieres correrte, Katie, contrae ese coño para mí.

¿Qué coño? ¿Esperaba que lo hiciera a la orden? ¿Acaso podía hacerlo a la orden?

—Ambos sabemos que vas a contraerlo muy, muy fuerte en un momento, Katie. Cuanto más tiempo finjas no ser mi putita necesitada, más probable es que decida ir a por otro cubito de hielo. Ahora pídeme que te haga correr, Katie.

Katie se lo pidió exactamente de la forma en que había exigido que se lo pidieran. Ni siquiera podía decir con seguridad si había sido voluntario o una respuesta a sus palabras totalmente vergonzosas, pero de un modo u otro casi rompió el espéculo.

—Buena chica—, dijo él, y al instante ella volvió a pedírselo de la misma forma que antes.

Cuando él deslizó el espéculo en su coño chorreante, ella por fin se atrevió a esperar que hubiera

llegado el momento. Inclinándose sobre ella, él recompensó esa esperanza susurrándole al oído: —Basta de bromas, Katie. Ahora vas a correrte para mí. Justo como siempre has necesitado correrte.

Antes de que ella pudiera pensar en lo que él quería decir con eso, deslizó dos dedos profundamente en su canal resbaladizo, enroscándolos para que las puntas presionaran su punto G, su pulgar acariciando su clítoris rápida y fuertemente hasta casi llegar al éxtasis para después caer gloriosamente en un clímax estremecedor que dejó cada uno de esos músculos tonificados que él había comentado antes con espasmos y flexiones.

Ella se desplomó sobre la camilla, pero él no se detuvo. Se limitó a sustituir el pulgar por la lengua. Nunca se había corrido dos veces seguidas, pero supo instintivamente que estaba a punto de hacerlo, e instantes después un segundo orgasmo, aún más salvaje, se abalanzó sobre ella mientras su lengua seguía lamiendo su nódulo casi insoportablemente sensible.

Pero él no se detuvo.

Su lengua continuó lamiéndola sin descanso, incluso cuando su clímax retrocedía, dejándola en una neblina estimulante. Entonces, cuando pensó que ya no podría aguantar más, sintió que sus labios se cerraban sobre su clítoris y lo succionaba en su boca con más fuerza que nunca. Quería gritar que no podía correrse otra vez, pero sabía muy bien que él la habría ignorado. No sólo porque no le importara, sino porque ambos sabían que no sólo podía correrse de nuevo, sino que pronto lo haría. Y así lo hizo, casi volcándose sobre la camilla mientras luchaba contra sus ataduras.

Justo cuando su orgasmo alcanzaba su punto álgido, él le mordió el clítoris, y esta vez no detuvo su clímax. La catapultó a un crescendo inimaginable, y gritó largo y tendido en un éxtasis doloroso y desesperado, para luego desplomarse sobre la camilla y perder el conocimiento.

CAPÍTULO TRES



Al despertar, Katie se sorprendió de encontrarse cómodamente acurrucada en una cama en lugar de atada desnuda a una mesa tras haber soportado un orgasmo alucinante. Se quedó completamente inmóvil, analizando su situación. Estaba vestida con un cómodo pijama y, como confirmó con un rápido movimiento, ya no tenía los brazos ni las piernas atados. Al abrir los ojos en la penumbra de la habitación, descubrió rápidamente que tampoco tenía los ojos vendados.

¿Había sido un sueño?

No, era imposible. Ningún sueño podía ser tan real.

Pero cuando se incorporó y encendió la lámpara de la mesilla de noche, no pudo ver ninguna señal de forcejeo o de que hubieran forzado la entrada (de hecho, ningún indicio de nada fuera de lugar) y una parte de ella empezó a pensar que tal vez había sido una pesadilla increíblemente vívida.

O al menos intentó fingir que había sido una pesadilla...

Se levantó de la cama e inspeccionó minuciosamente su apartamento. Tardó más de quince minutos y, cuando terminó, no había encontrado absolutamente nada que pudiera demostrar que los sucesos de la noche anterior se hubieran confirmado.

Cuando sonó el timbre, se sobresaltó, respiró hondo y se dirigió a la puerta. Al asomarse por la mirilla, vio la espalda de un hombre con uniforme de repartidor que se alejaba y abrió la puerta para ver una pequeña caja blanca sobre su felpudo de bienvenida. Pensaba que era muy temprano para la entrega, pero era consciente de lo despiadadas que son hoy en día las empresas de reparto con los horarios de sus conductores. Katie acercó la caja a la encimera y la miró durante un minuto, extrañada por la falta de remitente o etiqueta. Luego, cogió unas tijeras y cortó la cinta adhesiva.

Dios mío.

Lo que vio en su interior fue algo más que impactante. Le produjo la terrible sensación de que la parte de ella que había estado tratando de fingir que se estaba volviendo loca, ahora estaba segura de que lo de anoche no había sido un sueño. Dentro de la caja, cuidadosamente dobladas, había un par de bragas.

Sus bragas. Las bragas que había usado la noche anterior.

Eso era ya de por sí suficientemente perturbador, pero dos cosas la sorprendieron al instante. En primer lugar, habían cortado la ropa interior de la caja de la misma forma en que recordaba que su captor le había abierto las bragas con el bisturí. En segundo lugar, y quizá aún más alarmante, los restos de una gran mancha de humedad eran visibles en la entrepierna de la prenda destruida.

Así que no sólo se había confirmado todo lo que recordaba que le había hecho su secuestrador. Su excitación también había sido real... Muy, muy real por lo que parecía. Pero la mancha húmeda en las bragas de la caja ni siquiera era lo que más la asustaba, porque estaba segura de que ya sentía una nueva mancha húmeda en las bragas que llevaba debajo del pijama.

Las bragas que él debió de elegir y con las que te vistió.

Se estremeció, horrorizada ante la idea de que su secuestrador buscara en sus cajones y eligiera ropa para ella antes de meterla en su cama y luego se largara sin dejar rastro.

¿Cómo la había traído hasta aquí sin que se despertara?

Recordaba vagamente haberse desmayado después del orgasmo, pero eso no habría bastado para que la trajera hasta aquí, la vistiera y la durmiera sin que se despertara. No, debía de haberla drogado de nuevo. Y lo había hecho muy bien, porque, al igual que cuando se había despertado desnuda e indefensa la noche anterior, no tenía dolor de cabeza ni sensación de mareo ni ningún otro indicio de que la hubieran drogado.

¿Había contratado a alguien para que le ayudara, o se empleaba como anestesista cuando no estaba ocupado en su tarea principal de acosar a jovencitas, hacerlas correrse y luego dejarlas en su apartamento con solo sus bragas destrozadas como recuerdo?

Ella no lo sabía, pero el hecho era que parecía que él podía venir a por ella cuando quisiera, hacer lo que quisiera con ella y no dejar ninguna prueba de su presencia. ¿Cuál era la frase que siempre decían los excursionistas hippies de la zona? *No te lleves más que recuerdos, no dejes más que huellas.*

Excepto que de algún modo ni siquiera había dejado huellas ... Entonces se percató de otra cosa. El cabrón había aspirado la alfombra. Lo que sea que le había dado debía haberla dejado inconsciente, haciendo que la falta de cualquier dolor o efectos persistentes fuera sorprendente. Este tipo sabía lo que hacía.

Presa del pánico, cogió el teléfono para llamar al 911, o quizá para pedir información y que le dieran el número del FBI... o de quien fuera para denunciar algo así. Pero luego se detuvo. ¿Qué les diría para no parecer una loca?

¿Ve lo que pasó, detective? Me desperté desnuda y atada, y un hombre me cortó las bragas y luego me hizo correrme tres veces. No, no, por supuesto, no tengo ninguna marca; él era perfecto. ¿Tengo alguna prueba? Bueno, por supuesto, tengo un par de bragas empapadas por mi coño aquí mismo. ¿Quiere olerlas por mí aquí en la cocina, o quiere llevarlas a su laboratorio criminalístico? He visto la serie Investigación Criminal; sé lo que pueden hacer. Oh sí, ¿tiene una pregunta, agente especial? Bueno, no sé cómo entró en la casa. Pensé que ibas a averiguarlo por mí misma No, no estoy loca. ¿Qué hace con esa camisa de fuerza?

...Vale, no. Eso no iba a salir bien.

¿Qué iba a hacer entonces, dejar que la secuestrara otra vez?

Bueno, la última vez te corriste salvajemente...

Pensó en decirle a su voz interna que cerrara la puta boca, pero las bragas no mentían. Tenían una enorme mancha húmeda. Estaban empapadas. Aunque no era el tipo de cosa que quería mostrar a los chicos de CSI, ahora que lo pensaba, su clítoris y sus pezones seguían estando innegablemente sensibles. Mucho más sensibles de lo que habrían estado si se hubiera frotado contra ellos en la cama durante un sueño húmedo adolescente. Pero, de nuevo, no era algo que le apeteciera explicar a quienquiera que el Tío Sam enviara a investigar este tipo de cosas.

En cualquier caso, Katie concluyó a regañadientes que llamar a las fuerzas del orden no era una de las opciones que tenían sentido. ¿Qué debía hacer entonces? Podía marcharse, intentar esconderse en algún búnker. Aislarse del mundo, quedarse con un familiar o incluso huir del país.

Todas esas cosas tendrían sentido si temiera que el hombre que le había hecho cosas tan vergonzosas la noche anterior volviera y planeara hacerle daño. ¿Lo creía?

Sí y no, si era sincera consigo misma. Por alguna razón que desafiaba toda lógica, creía (casi incluso lo sabía instintivamente) que su acosador no le haría ningún daño.

Sólo hará que te sonrojes y te corras, pequeña zorra.

Las insinuaciones de su voz interior sobre su promiscuidad sexual no estaban justificadas. Podía contar con una mano los hombres con los que había tenido un orgasmo durante el sexo. Podía incluso contar a los que la habían hecho correrse en lugar de limitarse a durar lo suficiente como para que apenas pudiera llegar al límite con un juguete en un dedo, porque eso había sucedido por primera vez en su vida la noche anterior.

Tres veces, de hecho. Pero ¿quién llevaba la cuenta?

Sin embargo, su voz interior tenía razón en una cosa: la insinuación (o más bien la acusación) de que era plenamente consciente de que su secuestrador volvería a por ella. Y, a pesar de sus esfuerzos, no podía descartar la idea de que pudiera estar excitada porque él volviera a llevársela...

Ya estás excitada.

Sin embargo, ninguna de estas cavilaciones le había dado a Katie una idea de qué hacer a continuación. ¿Realmente iba a acurrucarse en las sábanas cada noche, preguntándose si se encontraría en una mazmorra unas horas más tarde y despertarse de nuevo en su cama a la mañana siguiente como si nada hubiera pasado?

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Todas las opciones que había meditado durante lo que le pareció una hora seguían teniendo los mismos errores que la habían llevado a abandonarlas desde el principio. Finalmente, al darse cuenta de que iba a volverse loca si dedicaba un minuto más a pensar en ello, Katie decidió dejar a un lado sus preocupaciones sobre si su secuestrador volvería a secuestrarla y cuándo lo haría (lo más probable era que lo hiciera) al menos hasta después de tomarse el café de la mañana.

* * *

Los esfuerzos de Katie por concentrarse seguían siendo en vano, como lo habían sido durante las últimas cinco horas por lo menos. La cantidad de trabajo productivo que había hecho hoy era absolutamente abismal. De hecho, dependiendo de cómo se definiera exactamente el trabajo productivo, era discutible que la cantidad de trabajo que había hecho hasta el momento fuera nula.

Había pasado algún tiempo ojeando las noticias locales e incluso algunos blogs sobre delincuencia para ver si alguien había relatado una experiencia remotamente similar a la suya.

Por supuesto, no. Incluso si hubiera encontrado una historia, no estaba segura de para qué le habría servido, más allá del leve valor terapéutico de saber que al menos otra persona había compartido lo que ella estaba viviendo.

A pesar de su situación, había almorzado bien por una vez en su vida (por lo visto, los orgasmos a gritos eran estupendos para abrir el apetito) pero se había sentado sola en su escritorio en lugar de reunirse con sus compañeras de trabajo en la cafetería cercana a la que habían ido. Sencillamente, ahora mismo no estaba preparada para mantener una conversación íntima con nadie. Además, sus amigas la conocían muy bien y le preocupaba que notaran algo raro en su comportamiento y le hicieran un montón de preguntas indiscretas.

Por desgracia para Katie, su aplazamiento de interacción humana duró poco, y sólo unos momentos más tarde dos de las mismas amigas que había evitado en el almuerzo se tomaron la libertad de empujar la puerta de su oficina parcialmente entreabierta con un golpe superficial.

—¡Hola, Katie! ¿Qué te tiene aquí encerrada? ¿Algún plazo importante?—, preguntó Amanda con el tono alegre y genuino que a Katie normalmente le encantaba, pero que en ese momento le molestaba. A regañadientes, escuchó a Nancy hablar de su día antes de preguntar por los planes de Katie para el fin de semana. Ah, sí, era viernes.

Bueno, chicas, estoy pensando que podría ir a dormir a casa y luego despertarme desnuda en el sótano de alguien de nuevo, y de alguna forma terminar otra vez en mi cama por la mañana con mis partes femeninas pegajosas.

En lugar de eso, Katie les dijo que no se sentía muy bien y que pensaba quedarse en casa esa noche. Las chicas se sintieron decepcionadas, pero sus esfuerzos por convencer a Katie de que cambiara de opinión y saliera con ellas cayeron en saco roto y, cuando terminó la jornada laboral, condujo hasta su casa, se tumbó en el sofá y se quedó dormida de inmediato. Cuando se despertó, afuera estaba oscuro, y una rápida comprobación de su entorno dejó claro que, por el momento, seguía sin estar secuestrada.

¿Estaba decepcionada?

Después de levantarse y prepararse la cena y un chocolate caliente, buscó algo que ver en la televisión. Pasó por varios canales y finalmente se decidió por un *reality* cutre mientras terminaba de comer. Dejó los platos en el fregadero y se puso el pijama, se lavó los dientes y se lavó la cara. Volvió al sofá y puso el canal de cocina para intentar sumergirse en el concurso de repostería y en el sarcástico juez que insultaba a cada uno de los cocineros.

Consiguió distraerse durante un episodio entero antes de darse cuenta de que, casi inconscientemente, sus dedos habían bajado por la parte delantera de los pantalones de su pijama y se acariciaban suavemente el clítoris cubierto por las bragas. ¿Cuándo había ocurrido eso?

Katie suspiró. Tendría que ocuparse de esto antes de tener alguna esperanza de dormirse esta noche, especialmente con todo lo demás en su mente. Finalmente tiró la toalla, apagó la televisión, se recostó en el sofá y deslizó la mano por debajo de las bragas, acariciando su clítoris hacia el orgasmo que había estado construyendo lentamente desde hacía un rato.

Acariciar su sensible botoncito resultó completamente ineficaz para olvidarse de la noche anterior y de su preocupación por lo que le depararían las noches futuras. De hecho, cuanto más se complacía, más se concentraban sus pensamientos en el éxtasis mucho más intenso al que había sido sometida hacía menos de veinticuatro horas.

Poco a poco, abandonó toda pretensión de hacer otra cosa que no fuera revivir aquellas experiencias, y en el momento del orgasmo (un orgasmo potente comparado con los anteriores, pero casi nada excitante teniendo en cuenta lo que había sentido la noche anterior) su mente se concentró en una cosa en particular. No era la sensación del hielo en los pezones ni en el clítoris, ni nada de lo que le había hecho. Era algo mucho más simple, pero a su manera, algo mucho más inquietantemente instintivo.

Fue el momento en que le mordió el lóbulo de la oreja.

Los acosadores psicópatas podían morder lóbulos, pero no así. Un par de sus novios anteriores más valientes habían intentado mordisquearla con los dientes y, desde luego, los lóbulos de las orejas habían estado incluidos. Aun así, sus intentos de dominación animal le habían parecido como si una ardilla le mordisqueara un dedo comparado con los dientes de su captor en aquel punto sensible la noche anterior.

Había sido doloroso, pero en el fondo sabía que el propósito no era causar dolor. Podría haber imaginado que era como una bestia mítica marcando a su pareja, pero tampoco era eso. Ni mucho menos. Era incluso más íntimo que eso. No era un alfa reclamando su propiedad con sus dientes. Estaba disfrutando de un momento juguetón con una querida mascota que ya sabía que le pertenecía.

Sin embargo, mientras estaba tumbada en el sofá recuperándose de su clímax, su felicidad postorgásmica fue interrumpida bruscamente por una notificación de su teléfono indicando la llegada de un mensaje de texto. El número estaba oculto y el mensaje era tan perturbador como breve.

Chica traviesa.

¿Quién coño le enviaría un mensaje así?

¿Por qué se molestaba con esta farsa? Sabía muy bien quién se lo había enviado.

Era imposible que él supiera lo que ella estaba haciendo, a menos que la estuviera observando en ese preciso instante. ¿Estaba fuera? ¿Había colocado una cámara?

Su mente revoloteaba de una posibilidad a otra, cada una de las cuales implicaba una invasión de su intimidad más significativa que la anterior. Entonces volvió el pitido que anunciaba la llegada de un segundo mensaje.

Estabas pensando en mí mientras te corrías, ¿verdad?

Joder. Sin duda era él, y sin duda la estaba observando de algún modo.

Mientras su corazón latía con fuerza en su pecho, apareció un tercer mensaje, éste más largo que los otros.

Estoy aquí para llevarte, Katie, y tienes que elegir. Puedes venir conmigo vestida con tu pijama como una buena chica, o puedo echarte sobre mi hombro y llevarte a mi coche desnuda con el culo rojo brillante.

* * *

Mientras observaba a Katie a través del conjunto de cámaras estenopeicas que había colocado estratégicamente en su salón durante su anterior visita, Richard sonrió. Todo iba mucho mejor de lo que se había atrevido a esperar. No sólo no había intentado ponerse en contacto con la policía ni con ninguna otra autoridad, sino que ya se estaba dando placer a sí misma mientras recordaba el tiempo que habían pasado juntos.

No podía estar completamente seguro de que pensara en él mientras tenía un orgasmo hacía un momento. Sin embargo, el hecho de que tuviera la televisión apagada y no estuviera mirando el portátil, el teléfono o un libro le dio la clara impresión de que se estaba masturbando con un recuerdo concreto. Aunque tal vez fuera un poco arrogante por su parte suponer que se trataba de un recuerdo suyo, nunca había sido un hombre especialmente humilde.

Esperó unos instantes a que ella digiriera completamente el mensaje de texto que acababa de leer. Luego abrió la puerta utilizando el mismo sistema que había empleado la última vez.

Katie oyó el chasquido de la cerradura al abrirse, porque levantó la vista del sofá al instante y sus ojos delataron su agitación interior. Podía ver miedo y confusión, pero también excitación e incluso expectación. Sin duda, ella se preguntaría cómo había abierto la puerta, pero esa curiosidad se vería rápidamente superada por una respuesta de lucha o huida que, a su vez, pronto tendría que competir con una tercera opción implícita de «que te follen».

Él no iba a follársela todavía, pero ella no lo sabría, por supuesto.

Si supiera la verdad de cómo había abierto su puerta, probablemente estaría muy y nada impresionada al mismo tiempo. No era un agente secreto, y aunque podía escribir un código bastante bueno en un apuro, tampoco era un hacker de primera. No porque tuviera ningún reparo ético especial– (su ética era flexible cuando era necesario, como indicaba el hecho de que

estuviera a punto de secuestrar a una mujer y forzarle un orgasmo tras otro), sino más bien porque le parecía aburrido.

Una de las ventajas de ser un hombre como él era que, de todos modos, no necesitaba saber hackear nada por sí mismo. Podía pagar a cualquier profesional altamente cualificado para que hiciera los servicios por él con sólo pulsar unos botones en la *dark web*.

Era la misma técnica sumamente avanzada (pagar a alguien para que lo hiciera) la que le había permitido apagar todas las cámaras de seguridad de su complejo cuando lo necesitaba y la que, en unos instantes, le permitiría encerrar temporalmente a todos los demás en sus apartamentos mientras él bajaba a su cautiva hasta el vehículo que le esperaba.

Como no quería que ella entrara en pánico y llamara al 911 o, peor aún, que ideara algún plan para defenderse (no le apetecía abrir la puerta y encontrarla empuñando desesperadamente un cuchillo de cocina), decidió que ya se había anticipado suficientemente y abrió la puerta.

La mirada de Katie cuando entró en su salón no tenía precio. La recordaría el resto de su vida. Allí se encontró con cada emoción que había imaginado, junto con una que sólo había esperado que pudiera estar allí.

Había conmoción, miedo y confusión continua por cómo había abierto la puerta. Pero también había algo más. Él no lo llamaría hambre, pero cuando ella lo vio por primera vez sin la venda en los ojos, apreció lo que vio.

Había estado dándole vueltas a qué ponerse hoy (sin duda, una gran preocupación durante cualquier secuestro) y se había decidido por un traje de sastrería fina, una corbata y un par de gemelos de plata. La lujuria apenas disimulada que veía ahora en los ojos de ella le decía que, al menos, había acertado con la moda.

Antes de que ella pudiera abrir la boca para gritar, él habló. —No te molestes en pedir ayuda, Katie. Soy capaz de cerrar todas las demás puertas del edificio con la misma facilidad con la que pude abrir la tuya. Esta noche estamos solos tú y yo, pequeña.

Ella pareció sopesar sus palabras por un momento antes de decidir renunciar a cualquier intento de dar la alarma, al menos por ahora. —¿Quién es usted?—, preguntó.

—Alguien con el poder de tener lo que quiere y que lleva mucho tiempo interesado en ti. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora. El resto lo compartiré contigo cuando llegue el momento.

—¿Qué quiere de mí?—, exigió ella, con un tono tembloroso, pero más firme de lo esperado, dada la situación.

Era una luchadora. Siempre le había gustado eso de ella.

—Lees mis mensajes, Katie. Ya sabes para qué estoy aquí. Estoy aquí para llevarte. Vamos a pasar el fin de semana juntos.

—¿Qué me va a hacer?

—Estoy seguro de que puedes adivinar algo de lo que te voy a hacer, pero sería más divertido si te enteras de los detalles poco a poco. Sólo hay dos cosas que necesitas saber ahora mismo. En un momento, vendrás conmigo, y una vez que lleguemos a nuestro destino, te correrás por mí.

Muchas veces. Mucho más fuerte de lo que acabas de correrte con tus dedos en tu pequeño clítoris.

—¿Va a hacerme daño?

—Te dolerá cuando acabe, pero sabes que nunca te haría daño de verdad.

Por un segundo, su rostro adoptó la expresión de una niña gruñona, lo que lo excitó intensamente y al mismo tiempo le hizo saber que ella estaba respondiendo aún mejor de lo que él hubiera imaginado. No sólo le creía cuando decía que nunca le haría daño, sino que ya lo sabía de forma tan instintiva que realmente se sentía un poco avergonzada de haber fingido lo contrario.

—Basta de preguntas por ahora, Katie—, dijo Richard con firmeza. —Es hora de que decidas cómo quieres ir vestida cuando vengas conmigo esta noche.

Aunque la había visto leer el mensaje de texto en el que se exponían sus opciones, parecía estupefacta ante aquella pregunta. No podía culparla por olvidar el mensaje, claro, teniendo en cuenta lo impactante que debió de ser que entrara por su puerta.

—¿Qué... qué quiere decir?—, preguntó.

—Como te dije en el mensaje que te envié justo antes de llegar, vendrás conmigo dentro de unos minutos. Cómo lo hagas y cómo te vistas para ello depende de ti.

Varias preguntas parecieron brotar de los labios de Katie a la vez, haciendo que sus siguientes palabras resultaran incomprensibles. En lugar de esperar a que se decidiera por una sola pregunta, Richard simplemente continuó.

—Si te levantas y vienes conmigo como una buena chica, caminaremos cogidos de la mano hasta el coche que nos espera. Si huyes, intentas luchar o me desobedeces de alguna manera, te desnudaré aquí mismo, en tu apartamento, te acostaré sobre mis rodillas y te azotaré el culo hasta que te duela tanto como para que decidas hacer lo que te digo, y luego te echaré al hombro y te llevaré hasta mi coche como a una niña traviesa. ¿Qué vas a hacer, Katie?

Mientras Katie se sentaba durante un largo momento tratando de procesar su situación, la polla de Richard se puso erecta. O más bien se puso palpitantemente erecta porque había estado dura como una roca desde el momento en que vio a Katie jugando con su clítoris en el sofá hacía un rato. Estaba seguro al 99% de que Katie elegiría huir o luchar y ganarse unos azotes, pero en realidad no había respuesta incorrecta en lo que a él se refería. Le encantaría tener la oportunidad de tirarla al suelo, arrancarle la ropa y que le saliesen ampollas en el culo allí mismo, en su apartamento. Pero si ella se rendía a él sin luchar, eso sería intensamente excitante por sus propias razones.

La expresión de Katie cambió mientras parecía tomar una decisión. Entonces, de repente, salió corriendo hacia su dormitorio, cerró la puerta de un portazo y echó el cerrojo. Sin embargo, al darse cuenta de que su móvil seguía sobre la mesita, se tomó su tiempo antes de llamar a la puerta y regañarla con calma.

—Katie, te has ganado unos azotes. Si sales ahora como una niña buena, eso es todo lo que recibirás. Si me haces echar la puerta abajo, me quitaré el cinturón y te doblaré sobre el sofá.

—¡Voy a llamar a la policía ahora mismo, gilipollas!—, le contestó desafiante desde el otro lado

de la puerta.

—Tu teléfono está en la mesita, Katie—, dijo Richard con naturalidad. —Mi cinturón te escocerá bastante. Piensa en ello mientras decides qué hacer luego.

Tras varios segundos más, Katie respondió en lo que parecía un tono derrotado. —Vale... supongo que... saldré.

Richard se sorprendió, aunque no necesariamente se disgustó debido a su rendición más rápida de lo esperado. Vio girar el pomo y la puerta del dormitorio se abrió lentamente.

—Ven aquí, Katie—, le ordenó, apartándose de la puerta, y la vio entrar de nuevo en el salón. —¿Estás lista para tus azotes?

—Yo... supongo que sí...—, dijo ella.

Dio un paso tentativo hacia él. Entonces, mucho más rápido de lo que él podía reaccionar, sucedió. Katie dio una fuerte patada con el pie derecho y sus dedos cubiertos por el calcetín se estrellaron contra su polla erecta.

Le dolió muchísimo e, instintivamente, cayó al suelo. Mientras ella pasó corriendo a su lado, probablemente para coger su teléfono, él se agarró el pene con ambas manos, seguramente ya magullado, mientras se consolaba pensando en esa misma polla embistiendo con fuerza y profundidad su estrecho agujero inferior, casi con toda seguridad virgen. Quizá con un poco de lubricante, si tenía suerte.

Eso sí que no se lo esperaba. Siempre había sabido que era peleona, pero no estaba preparado para lo que acababa de ocurrir. Sólo dos cosas impidieron que este secuestro terminara en una derrota absolutamente vergonzosa. En primer lugar, Katie no llevaba zapatos, así que, aunque su patada había sido potente, no le había dado con el mismo nivel de fuerza si todavía tuviese puestas las botas que había llevado al trabajo ese día. En segundo lugar, y más importante, aunque casi le había partido la polla por la mitad, no había dado en el blanco, lo que le habría dejado fuera de combate durante al menos los diez minutos siguientes.

Que le dieran una patada en la polla era de todo menos agradable, pero que le dieran una patada tan fuerte en los cojones le habría dejado meciéndose en posición fetal en el suelo cuando la policía llegara algún tiempo después.

Le recorrió un escalofrío por el miedo. Era un multimillonario con algunas conexiones muy poderosas tanto en la alta sociedad como fuera de ella, pero no estaba tan por encima de la ley como para que ser descubierto en su situación actual no tuviera al menos algunas repercusiones negativas en un futuro próximo. En cualquier caso, no tenía intención de esperar a que Katie hiciera su llamada.

Forzándose a ponerse en pie, se abalanzó sobre ella y, antes de que pudiera intentar alguna otra improvisada maniobra de artes marciales, la tiró al suelo, inmovilizándole los brazos por encima de la cabeza y sujetándola rápidamente contra el suelo con su peso.

—Eso ha sido muy, muy atrevido Katie—, le dijo.

Tenía los pezones tan tiesos que podía verlos fácilmente a través de la parte superior de su pijama, y eso estaba endureciendo aún más su polla, que ahora estaba extremadamente dolorida,

gracias a ella. No dolorida en el sentido de «la tengo tan dura que podría reventarme los pantalones». Dolorida del tipo «intentar caminar sobre un tobillo esguinzado». Era suficiente sufrimiento como para que casi se le bajara la erección... casi.

Decidió que había llegado el momento de que ambos sintieran algo de dolor, se acercó a ella y le pellizcó con fuerza cada uno de los pezones cubiertos por la ropa. Ella gritó, por supuesto, pero él la ignoró. Con un rápido y enérgico movimiento, le rompió la parte delantera de la parte de arriba del pijama por la mitad, dejándole los pechos al aire. Después de sacar la prenda rota de debajo de ella, la utilizó para atarle las muñecas a la pata del sofá.

Eso no la sujetaría mucho tiempo si la dejaba allí, pero le impediría levantar los brazos, así que mientras él permaneciera en su posición actual, tendría las dos manos libres para lo que tenía en mente. Al principio había planeado desnudarla lentamente, pero su dolorida polla exigía un castigo lo más rápido posible.

Bajando por su cuerpo y girándose hacia sus pies, le quitó los pantalones cortos del pijama y los tiró a un lado. Luego le agarró las bragas por delante y, con un rápido movimiento, se las arrancó también. Volviéndose de nuevo, le metió las bragas mojadas en la boca. Sus gritos hasta el momento habían sido manejables, pero los que estaba a punto de proferir serían lo bastante fuertes como para que cualquiera del edificio los oyera si él no la mantenía callada.

Cogió el pantalón del pijama y, rompiéndolo, extrajo el elástico de la cintura y lo utilizó para atarle la mordaza de encaje rosa. Finalmente, se volvió hacia las piernas de la mujer y el coño rosado que había entre ellas. Con los brazos aún atados, pudo inclinarse hacia delante y separarle las piernas, después tiró de ellas hacia arriba para sujetar una con la rodilla derecha y la otra con el brazo izquierdo. Se abalanzó sobre su coño empapado y abierto. Aunque sabía que ella no podía responder, se tomó un momento para regañarla de todos modos.

—A las chicas malas se les pega en el culo desnudo. Pero a las chicas muy malas se les pega en el coño desnudo. Y tú has sido una chica muy mala, Katie.

Aunque ella no pudo responder, lo oyó claramente, porque su inútil forcejeo se intensificó drásticamente. Decidiendo dejar que su anticipación aumentara un poco más (por lo visto su dolorida polla sacó a relucir su lado sádico), continuó: —Sí, Katie. Voy a azotarte el coño desnudo, empapado y bien abierto. Y no hay nada que puedas hacer al respecto(.

Richard estuvo a punto de correrse en los pantalones al golpear ligeramente con los dedos los labios de Katie.

Se tomó un segundo para recuperar el control, aprovechando la oportunidad para considerar lo hermoso que era el coño que se le estaba mostrando. Cada centímetro de Katie era precioso, pero su coño era nada menos que la perfección. El hecho de que hubiera conseguido contener su deseo (o, mejor dicho, su necesidad) de follársela duro y a fondo la primera noche que la había cogido era un verdadero testimonio de la fuerza de voluntad que lo había convertido en el hombre que era hoy.

Si tan solo sus enemigos lo hubieran sabido, bastaría una buena patada en la polla para que dejara de lado todos sus planes cuidadosamente trazados.

Era un argumento justo. Pero los planes estaban hechos para romperse. Y no se podía negar que

Katie necesitaba unos azotes en el coño. Considerando que ya la había hecho esperar lo suficiente, levantó la mano.

—Es hora de tu castigo, Katie.

CAPÍTULO CUATRO



El orgullo de Katie estaba herido por la facilidad con la que su captor había sido capaz de alcanzarla, inmovilizándola contra el suelo sin esfuerzo a pesar de su estado comprometido.

Sin embargo, había sido muy satisfactorio darle una patada en la polla.

La anticipación acumulada durante las últimas semanas, mezclada con el subidón de endorfinas provocado por su respuesta de lucha o huida, convertía todo lo que estaba ocurriendo en una neblina irreal. En una experiencia casi extracorpórea, vio cómo aquel hombre fuerte y sexy levantaba la palma de la mano de su coño completamente expuesto y la bajaba con un sonoro golpe.

El ardor se extendió por sus labios, su monte de Venus y hasta el fondo de sus entrañas, e inspiró con fuerza, succionando aún más la mordaza y mordiéndola con fuerza.

No iba a darle a su secuestrador la satisfacción de un grito.

Katie lo oyó reírse ligeramente mientras levantaba la mano y la bajaba tres veces seguidas, cada golpe más fuerte que el anterior. Ella arqueó la espalda todo lo que pudo, pero estaba indefensa y lo único que podía hacer era retorcerse contra su agarre.

Intentas hacerte la valiente, ¿verdad?—, le preguntó con un deje de diversión en el tono.

Ella le gruñó suavemente, sin contestar.

El siguiente aluvión de golpes llegó rápida y bruscamente, con las yemas de los dedos chasqueando los labios inferiores del coño mientras la palma de la mano aterrizaba directamente en el monte de Venus, que enrojecía rápidamente. No tuvo que agachar la cabeza para darse cuenta de que un intenso calor irradiaba de su coño completamente castigado, y se retorció violentamente, con lágrimas punzantes en las comisuras de los ojos.

Al levantar la cabeza, Katie vio la mano del hombre que descendía entre sus piernas. Su coño estaba ahora de un rojo rabioso, y un sollozo surgió de la nada y quedó atrapado en su garganta.

La estaba castigando de verdad.

Los azotes continuaron durante lo que parecieron siglos. Mientras Katie seguía retorciéndose impotente contra sus ataduras, sintió una sensación de horror humillante mezclada con ardor abrumador. Cada azote iba acompañado del húmedo sonido de un golpeque la ruborizaba.

Se estaba excitando horrible y vergonzosamente.

Por fin él hizo una pausa, y sus siguientes palabras le provocaron un escalofrío y le pusieron la carne de gallina por todo el cuerpo desnudo.

—Las niñas traviesas no deben ser valientes cuando se les castiga. Están hechas para suplicar.

Y sintió que él se movía para que cada una de sus rodillas presionara una de las piernas de ella, manteniéndolas separadas y dejando libre la mano izquierda para deslizarse por su vientre y posarse en sus ardientes labios externos. Lenta y deliberadamente, los abrió con dos dedos para dejar al descubierto su inflamado manojo de nervios.

—No... por favor...—, murmuró ella, pero sus bragas se tragaron sus palabras.

Levantando de nuevo la mano derecha, Richard le puso tres dedos con fuerza y rapidez, directamente en el clítoris. Katie gritó, su propósito desapareció al instante.

—Ahora te vas a correr para mí, Katie—, afirmó con naturalidad mientras su pulgar se posaba sobre su dolorido clítoris, rozándolo ligeramente. —Va a ser un orgasmo de castigo, y te va a doler.

Katie jadeó ante la combinación de placer y dolor que la recorría y no pudo evitar gemir en voz baja mientras levantaba inconscientemente las caderas contra la ligera presión del pulgar.

—Eres una niña traviesa—, le oyó decir, y se sonrojó.

Le separó aún más los labios y Katie contuvo la respiración, esperando un apretón más firme de sus dedos contra su necesitado botón. En lugar de eso, vio horrorizada cómo él levantaba de nuevo la mano y comenzaba un ritmo constante de fuertes azotes en su punto más sensible.

Era increíblemente doloroso, pero un crescendo perturbadoramente intenso empezaba a crecer en su interior mientras él castigaba su pobre pequeño clítoris. Luchó desesperadamente, pataleando con los pies sobre la alfombra y gritando en voz alta, pero, aun así, sus dedos golpeaban sin piedad una y otra vez su ahora hinchado y tembloroso clítoris. Lo quisiera o no, Katie se sintió arrastrada sin remedio hacia un clímax devastador.

Sus gemidos se convirtieron en un lamento continuo cuando se corrió brutalmente entre dos de sus azotes de castigo, y su cuerpo se desplomó en el suelo, ya sin fuerzas para escapar. Su captor detuvo por fin los azotes y apoyó suavemente la mano en el coño rojo y bien castigado.

—Te has tomado bien tu castigo, Katie—, la tranquilizó. —Ahora es el momento de que te disculpes por haberte portado tan mal antes.

A pesar de estar completamente agotada, Katie sintió que se le erizaban los pelos. ¿Disculparse? Acababa de inmovilizarla en el suelo, atarla, meterle sus propias bragas en la boca y azotarle el coño y el clítoris con una fuerza increíble, ¿y ahora quería que se disculpara? Y una mierda.

Como estaba amordazada y, por lo tanto, no podía decirle exactamente cómo se sentía ante su petición de disculpas, se conformó con mirarle fijamente mientras él continuaba, esperando que entendiera el mensaje.

—«Dentro de un momento voy a sentarte y a quitarte las bragas de la boca. Luego vas a ser una

buena chica y me vas a chupar la polla para compensarme por haberla tratado tan mal antes. Vas a tragarte todo lo que te dé», hizo una pausa para que lo entendiera, y Katie empezó a protestar a través de la mordaza, pero él le puso un dedo en los labios, haciéndola callar. —Si pides ayuda o te resistes de alguna manera, te sujetaré de nuevo y usaré mi cinturón en tu culo desnudo. ¿Está claro, jovencita?

Katie suspiró tras su mordaza. Tenía que admitirse a sí misma que había cosas peores en el mundo que hacerle una mamada a un tío bueno, y estaba más que dispuesta a que le quitaran la ropa interior de la boca y le desataran las manos. Y si era realmente sincera consigo misma, no le importaría verle la polla un poco más de cerca...

Asintió con la cabeza, derrotada.

—Buena chica—, dijo él mientras se apartaba lentamente de ella, le desataba las manos y la ayudaba a levantarse. Katie intentó inmediatamente quitarse la mordaza, pero su captor le cogió fácilmente las manos con una de las suyas y se las sujetó con firmeza mientras le sacaba la prenda enredada de la boca.

Se miraron el uno al otro durante un momento, él todavía sujetándole las manos y mirándola con escepticismo, como si esperara que gritara pidiendo ayuda. Como ella no lo hizo, sacó un cojín del sofá cercano y lo colocó en el suelo frente a Katie antes de guiarla suavemente para que se arrodillara sobre él.

Soltándole las muñecas, desabrochó lentamente el botón y la cremallera de sus pantalones y los dejó caer al suelo. Katie se quedó mirando el gran bulto de su ropa interior, que ahora estaba a escasos centímetros de su rostro. Contempló con los ojos muy abiertos cómo se bajaba los calzoncillos y dejaba al descubierto su gloriosa polla dura como una roca. Se acercaba tentadoramente a su boca y tuvo que luchar contra el impulso de sacar la lengua para probarla inmediatamente.

Evidentemente, su acometida anterior no había sido suficiente para dañar su magnífico miembro, pero notó una leve mueca de dolor en su rostro cuando la polla se le endureció aún más. Ella intentó agarrarla y comenzar la tarea que él le había encomendado, pero él la detuvo.

—Vas a tomarte tu tiempo, chica traviesa. Antes necesitaste una lección sobre cómo tratar esta polla, ¿verdad?.

Las mejillas de Katie ardían al responder. —Sí...

—Entonces la besarás un poco mejor antes de que empieces.

Ella lo miró con la boca ligeramente abierta, juzgando si hablaba en serio. El rubor se extendía por todo su pecho desnudo. Al no ver humor en su expresión, se inclinó hacia delante y le besó rápidamente la punta de la polla.

—Sigue, jovencita—, dijo él con voz ronca.

Ella se acercó más y bajó la cabeza, empezando por la base de la polla y besándola hasta llegar a la punta. Levantando los ojos para medir su reacción, sacó la lengua y la movió lentamente alrededor de la cabeza. Él la recompensó con un suave gemido que la animó a continuar y, tras sumergirse de nuevo en la base de la polla, Katie la lamió varias veces de abajo arriba antes de

abrir la boca de par en par y metérsela hasta el fondo.

Él gruñó en lo más profundo de su garganta, y Katie empezó a deslizarse arriba y abajo por el mango, acelerando el ritmo mientras levantaba una mano para masajearle ligeramente los huevos. Se aseguró de pasar la lengua alrededor de la cabeza cuando llegaba a ella, lo que él apreciaba por las sacudidas de su polla.

Dejó que le diera placer durante varios minutos agradables antes de que ella sintiera su mano en la nuca, sus dedos se entrelazaban en su largo cabello hasta que la sujetó firmemente por las raíces. No le tiraba del cabello, pero era capaz de controlar todos los movimientos de su cabeza y cuello.

Se miraron a los ojos. No había nada cruel en su expresión, pero sí algo oscuro: un hambre posesiva, casi animal.

Entonces le metió la polla hasta el fondo de la garganta y la mantuvo allí hasta que ella tuvo una leve arcada, antes de apartarla lo suficiente para que pudiera respirar. Cuando empezó a follarle la boca lenta y profundamente, Katie empujó sus piernas con las manos, un poco asustada por su repentina falta de control. Eso sólo pareció despertar algo más en él, que empezó a moverse más deprisa y con más fuerza hasta que, con una última y poderosa embestida, eyaculó su esperma en lo más profundo de su garganta, sin dejarle otra opción que tragarse hasta la última gota.

—Esa es mi buena chica—, dijo bruscamente mientras la sacaba de la boca, y una pequeña parte de ella se suavizó, mientras que la parte de ella que acababa de ser azotada se cerró con fuerza.

Tal vez esto no iba a ser tan horrible después de todo.

Dejándola arrodillada sobre el cojín, se dirigió a la cocina como si fuera el dueño del lugar y arrancó un trozo de papel del rollo, luego lo humedeció con agua tibia. Ella no pudo evitar disfrutar de la vista mientras él volvía a colocarse frente a ella, con su miembro ablandándose lentamente no menos cautivador de lo que había sido cuando estaba completamente erecto.

Mientras se arrodillaba frente a ella y le limpiaba tiernamente la boca y el rostro, Katie volvió a sonrojarse y de pronto fue muy consciente del pequeño charco que se estaba formando en el cojín que tenía debajo. Vio cómo su captor, repentinamente cariñoso, se colocaba los calzoncillos antes de tenderle la mano para ayudarla a levantarse. Puesto que se había portado bien y había seguido todas sus indicaciones (excepto las patadas en la polla de antes), ¿quizá la dejaría vestirse y renunciaría al secuestro que había planeado?

—¿Estás lista para acompañarme a mi coche, Katie?— le preguntó, frustrando todas sus esperanzas.

—¿No podemos... quedarnos aquí?—, intentó decir en el tono más dulce y seductor que pudo reunir.

—Esa no era una de tus opciones—, respondió él con firmeza.

Katie calculó mentalmente sus opciones. Sabía que nunca sería capaz de derribarlo físicamente, pero tal vez si podía ganarse su confianza lo suficiente, podría crear una distracción y tener la oportunidad de huir.

—Sí, dame un minuto y estaré lista—, se entretuvo mirando su ropa hecha jirones en el piso. —

Iré a buscar ropa nueva a mi armario.

Sintió que él le agarraba la muñeca antes de que pudiera moverse.

—Ya tuviste la oportunidad de bajar a mi coche con la ropa puesta como una buena chica. Ahora has perdido ese privilegio.

¿Privilegio?

—De ninguna manera voy a salir de aquí desnuda—, dijo ella en el tono más firme que pudo reunir, pero él se limitó a sonreír de forma irritante.

—Bueno, entonces menos mal que no vas a salir andando—, replicó sin más, antes de levantarla en brazos y echársela al hombro sin contemplaciones.

Katie jadeó y le golpeó la espalda con las manos. —¡Bájame, gilipollas!—, gritó.

¡Bofetada!

Un fuerte azote aterrizó justo en medio de su trasero desnudo y respingón, y ella chilló.

—Te quedarás callada en el pasillo, chiquilla, o serás castigada de una forma que te garantizo que no disfrutarás.

Se quedó quieta, meditando su próximo movimiento. Sintió que él se movía y, aunque su espalda le impedía ver, le oyó pulsar algunos botones de su teléfono.

—Todo el mundo está encerrado en sus apartamentos ahora, Katie. No podrán ayudarte.

¿Quién coño era este tío? ¿Un sexy y malvado Tony Stark?

Abrió la puerta y avanzó por el pasillo con pasos largos y seguros. Katie esperó a hacer su movimiento hasta que pasaron un grupo de tres puertas de apartamentos agrupadas justo antes de llegar a la escalera. Entonces respiró hondo y gritó.

Inmediatamente, la movió hacia delante y la puso de pie, inmovilizando su cuerpo contra el suyo y tapándole la boca con la mano. La arrastró a medias hasta el hueco de la escalera y hasta la azotea, donde había un patio abierto con cómodos asientos y una mesa con un fogón.

Katie siempre se decía a sí misma que debería utilizar más este servicio, quizá llevar a las chicas a tomar una copa de vino, pero ahora tenía la sensación de que estaba a punto de utilizarlo de una forma mucho menos relajante.

Su captor eligió un banco largo para sentarse y la colocó frente a él.

—Parece que vamos a tener que hacer una parada imprevista—, dijo despreocupadamente antes de tirar de ella hacia abajo y colocarla sobre su regazo.

De repente, fue muy consciente de su desnudez y el aire fresco del exterior le rozó la espalda y las nalgas desnudas, poniéndole la piel de gallina. Se preguntó brevemente si alguien podría ver lo que estaba a punto de ocurrir, pero ya sabía la respuesta. La intimidad del patio de la azotea había sido uno de los argumentos de venta cuando recorrió el bloque de apartamentos.

Sin perder tiempo, su secuestrador le abofeteó con fuerza cada mejilla y el zumbido del tráfico se tragó el sonido al instante. Instintivamente se sacudió y él movió la pierna derecha para sujetar las dos suyas mientras seguía azotándola con fuerza y rapidez. Ella apretó los dientes, haciendo todo lo posible por soportar la embestida mientras él le hacía arder el culo.

Él no habló; ambos sabían por qué la castigaba. Su mano no parecía cansarse y siguió enrojeciéndole el culo hasta que Katie estuvo segura de que le daba más calor que la mesa con el fogón. Sólo cuando Katie se rindió y empezó a llorar de verdad, él se detuvo y le frotó las mejillas ardientes con la mano.

—¿Nos entendemos un poco mejor ahora, Katie? ¿O tengo que darte con el cinturón en el culo mientras te inclinas sobre la barandilla?.

Katie se sonrojó. No estaba librándose de su paseo desnuda de la vergüenza hasta el coche de su secuestrador anónimo. Tampoco se escaquearía de pasar todo un fin de semana con él haciendo lo que él quisiera con ella.

Y lo peor de todo, había una parte de ella que estaba deseando ambas cosas.

Al darse cuenta, su voz tembló al responder. —No... Lo entiendo, doctor. Iré con usted y no volveré a gritar.

Él no dijo nada durante un largo rato, sólo trazó círculos perezosos sobre su carne escaldada. Finalmente, la ayudó a levantarse de su regazo y se puso a su lado, tendiéndole la mano. Ella lo miró, sintiéndose de pronto como una niña tímida a la que su papá le da la mano antes de cruzar la calle.

¿La iba a dejar bajar? Debía de ser su idea de un compromiso.

Puso su mano en la de él y bajaron en silencio por la escalera hasta la calle.

Cuando salieron del edificio, sus ojos se fijaron en el elegante coche deportivo negro que estaba aparcado en la zona de carga justo enfrente. Por supuesto, era su coche. Mentiría si dijera que una parte de ella no esperaba una furgoneta blanca sin ventanas, pero eso también tenía sentido.

Las puertas se destrabaron al acercarse y él le abrió el lado del acompañante. Echó un último vistazo a su alrededor antes de meterse dentro, con la esperanza de que alguna cámara de seguridad los grabara por si acababa en un episodio de *Misterios sin resolver*. Una vez dentro, apenas tuvo un segundo para asimilar su nuevo entorno antes de que él se deslizara en el lado del conductor y ella oyera el chasquido de los seguros de las puertas.

Se volvió en su asiento para mirarla. —Las puertas están cerradas por dentro y yo soy el único que puede abrirlas, Katie.

Ella se retorció en su asiento, el cuero flexible se pegaba en sus nalgas y muslos desnudos.

—¿Puedo al menos tener una manta o algo para cubrirme durante el viaje?—, preguntó.

—Las ventanillas están tintadas, así que nadie podrá verte. Pero llevarás una cosa—, dijo antes de pasar por delante de ella para abrir la guantera y sacar lo que parecía un antifaz para dormir. Le puso la máscara en los ojos y se la ajustó firmemente antes de pasarle el cinturón de seguridad por el cuerpo desnudo y asegurarlo con un clic.

No pudo evitar hacer pucheros cuando el mundo a su alrededor se oscureció.

—Ya sé lo que pasa por tu cabecita, pucheritos. Si te tocas el antifaz, o incluso si levantas la mano para ajustártelo, pararé y te daré con el cinturón no sólo en tu culo recién azotado, sino también en tu coño todavía dolorido—, le advirtió.

Katie resopló, pero no dijo nada mientras oía el coche arrancar con un bufido y sentía que empezaba a alejarse del aparcamiento. Se preguntó brevemente si a sus vecinos les habrían dejado salir de sus apartamentos y si alguno de ellos habría conseguido llamar a la policía después de oírla gritar. Lo dudaba. Vivía en una zona guay, con un buen acceso a pie a cafeterías y discotecas, pero eso conllevaba un alto índice de delincuencia, y los gritos ocasionales formaban parte del ruido de fondo.

.

—¿A qué distancia está ese lugar?—, preguntó ella, esperando que él le diera alguna pista sobre su paradero.

—No mucho. Si te aburres, estaré encantado de entretenerte—, dijo con un deje de diversión, y ella sintió dos de sus fríos dedos en el pezón izquierdo antes de que él se lo pellizcara con fuerza. Rápidamente se acercó y le pellizcó el pezón derecho con la misma fuerza, provocando que su chillido de sorpresa inicial se convirtiera en un grito más largo.

—¡Eh!—, se quejó, intentando zafarse hasta que él apoyó firmemente la mano en su muslo izquierdo sujetándola.

—No puedes apartarte de mí, pequeña. Este hermoso cuerpo me pertenece, al menos durante este fin de semana. ¿Entendido?

Ella dudó un momento y él levantó la mano y le golpeó con fuerza en la parte superior de su muslo izquierdo, seguida rápidamente de una palmada igual de fuerte en el derecho. Katie gritó y se frotó para quitarse el escozor.

—Ahora abre bien las piernas para mí, como una buena chica—, le ordenó, y ella obedeció al instante, queriendo evitar más azotes. Su mano se aventuró entre sus muslos y ella se ruborizó, sabiendo ya lo que iba a encontrar.

Él gruñó en señal de aprobación. —Estás empapada, Katie. Te gusta pertenecerme, ¿verdad?.

Katie arqueó la espalda, intentando levantar más su dolorido coño hacia su mano. —Por favor... —, respondió, y entonces sintió que sus dedos se retiraban, dejándola gimoteando patéticamente.

—Todavía no, niña traviesa. Tendrás que esperar hasta que lleguemos como recordatorio de quién está a cargo de ese coñito necesitado.

Recorrieron el resto del camino en silencio, Katie sin atreverse a cerrar las piernas y sintiendo que el charco de su excitación crecía cada vez más hasta que llegaron. Estaba segura de que después de esto él necesitaría que le arreglaran sus bonitos asientos de cuero, y eso la ruborizó y le produjo un ligero escalofrío.

Se lo merece, burlándose de mí de esta manera.

Por fin oyó que el coche aparcaba. Su puerta se abrió y él le desabrochó el cinturón antes de levantarla suavemente por el brazo y acompañarla a lo que ella supuso que era su guarida.

CAPÍTULO CINCO



Con Katie ya a salvo dentro de su finca, Richard consideró si debía quitarle la venda de los ojos. Su plan inicial había sido llevarla hasta el ala de la casa donde pensaba tenerla el fin de semana antes de echarla, sólo para minimizar las posibilidades de que pudiera reconocer de algún modo una parte de su casa de quién sabe dónde y así identificarla. Pero si hacía eso, no podría verla disfrutar de la belleza de su hogar...

Después de todo, ¿de qué servía una propiedad así si no podías impresionar con ella a las chicas secuestradas? Era un lugar totalmente impresionante. La había hecho construir a medida por arquitectos y diseñadores de interiores de primer nivel y estaba orgulloso de su estilo sorprendentemente elegante y contemporáneo. El interior presentaba una mezcla ideal de madera, cristal, hormigón, acero y luces; el mobiliario era moderno pero minimalista, y estaba equipado con toda una serie de servicios y comodidades de última tecnología.

La disyuntiva entre «ir a lo seguro» y «presumir» continuó en su mente durante unos segundos más, antes de que ganase «presumir» y, con un «A la mierda» musitado, metió la mano detrás de la cabeza de Katie y le quitó la venda de los ojos. Ella miró inmediatamente a su alrededor mientras esperaba las señales de que estaba suficientemente impresionada por el lugar.

—¿Qué te parece mi humilde morada?—, preguntó finalmente.

—Es... es algo—, dijo finalmente.

—¿Un poco excesiva?—, dijo él con una sonrisa.

—Sí. Un poco excesiva.

Esa era exactamente la reacción que buscaba, así que se alegró. Si un hombre como él no podía disfrutar excediéndose, ¿qué sentido tenía ser un hombre como él?

—Ven conmigo, Katie, te mostraré tu suite de invitados.

Había dicho «t*u* suite de invitados» en lugar de «la suite de invitados» intencionadamente, por un par de razones. En primer lugar, decirlo así implicaba (correctamente) que el lugar tenía más de una suite de invitados. En segundo lugar, pensó que probablemente evocaría cierta sensación de nerviosismo en cuanto a si se estaba refiriendo sarcásticamente a una jaula o celda o algo por el estilo. De ese modo, cuando viera donde se alojaría en realidad, se sentiría encantada y más a gusto.

Mientras recorrían una serie de pasillos y subían un par de escaleras, pudo percibir que Katie se esforzaba por seguir fingiendo desinterés pero que, en cambio, observaba con creciente asombro el diseño de la finca. No era opulenta, simplemente era única.

En verdad también era opulenta pero la expresión de Katie decía que no la estaba juzgando demasiado...

Nada mejor que mostrarle a la chica que acabas de secuestrar lo única que es tu casa. Definitivamente eso no será un arrepentimiento que termine explicándole en detalle a su compañero de celda Bubba después de que la poli encuentre tu casa en dos minutos.

Cuando llegaron a la parte de la casa a la que antes se había referido como la suite de invitados, le sorprendió el hecho de que ni el término «invitados» ni el término «suite» se aplicaran realmente a ella. En primer lugar, era mucho más que una suite. Era un ala de la casa de varios miles de metros cuadrados, con un hermoso balcón con vistas a una piscina privada y su propia cocina y sala de estar.

Además, nunca había sido utilizada por un huésped, ni él tenía intención de que lo fuera. La había construido pensando en una sola persona: la hermosa joven que ahora la veía por primera vez.

No siempre había planeado secuestrar a Katie. Sólo quería tener la opción de hacerlo si las circunstancias lo permitían, y la situación de Katie le daba una justificación, al menos ante sus propios ojos, y una fuerte sensación de que una nueva imaginación de su vida sería algo positivo para ella.

Richard observó el rostro de Katie mientras la llevaba al balcón y se sintió satisfecho cuando sus ojos se entornaron y respiró hondo.

—¿Ésta es la suite de invitados?—, soltó.

¿Debía decírselo? Una versión abreviada de su anterior batalla mental se repitió y, una vez más, el «a la mierda» se impuso.

—No es una suite de invitados, Katie. Fue construida para ti.

¿Había sonado eso como a un «suave y sexy acosador multimillonario que tiene tus mejores intenciones» o «pon la crema en la cesta»? aludiendo a la frase de la película «El silencio de los corderos.»

Mientras observaba a Katie, su expresión parecía decir: «Un poco de las dos cosas». Estaba impresionada y a la vez tan preocupada como cabría esperar de alguien que acababa de ser secuestrada por una persona a la que no conocía de nada (de dos veces de hecho) y que había hecho todo lo posible por construir un ala entera de su casa para ellos.

Se detuvo un momento para evaluarse. Si tuviera que ponerse una nota en ese momento, la parte sexy sería un Sobresaliente pero la parte romántica se quedaría en unNotable bajo, como mucho. Iba a tener que subir esa nota... tal vez con algo de humor.

—Te preocupa que esté planeando convertirte en una tulipa, ¿verdad?

Eso consiguió una sonrisa verdadera e incluso algo que se aproximaba a una risita. Subió del

Notable bajo a un Notable alto.

—Sí, supongo—, respondió.

—Entiendo que la confianza probablemente escasee cuando acabo de secuestrarte por segunda vez—, dijo él en tono irónico, —pero creo que hay una parte de ti que sabe que nunca te haría daño, y te prometo que esa parte de ti tiene razón.

¿Era el momento de decirle algo más? Decidió hacerlo.

—He pasado los dos últimos años investigando qué podía hacer para hacerte feliz.

—Si quisieras hacerme feliz, podrías, ya sabes... dejar de secuestrarme.

—¿Eras feliz antes de que te secuestrara la primera vez, Katie?El tono irónico había desaparecido. Era una pregunta honesta, y la expresión de ella indicaba que lo entendía. —¿Eras más feliz yendo a citas con hombres que no podían hacer que te corrieras, aunque sus vidas dependieran de ello? Porque me pareció que cuando te tumbé en la cama aquella noche, estabas más satisfecha de lo que habías estado nunca en tu vida. Y el hecho de que te estés sonrojando ahora mismo me dice que tú también lo sabes.

No había sido un truco psicológico, en efecto se había ruborizado.

—Bueno, eso no significa que tuviera derecho a secuestrarme.

—No—, admitió. Luego, tras una larga pausa, continuó. —Pero creo que si pudieras elegir entre donde estás ahora y tumbada en tu bañera con una copa de vino, elegirías donde estás ahora.

Ella no respondió, y eso ya lo decía todo.

—Estarás en casa el lunes por la mañana, Katie. Si en ese momento decides que no quieres volver a verme, no tendrás que hacerlo. Pero creo que volverás. Y no creo que tenga que secuestrarte la próxima vez... pero probablemente seguiré sacándote de tu apartamento desnuda, sobre mi hombro, con el culo rojo brillante.

Su rubor se intensificó, dándole toda la respuesta que necesitaba.

—Ahora, Katie, como muestra de hospitalidad por ser mi invitada de fin de semana, puedes elegir nuestra próxima actividad. Si tienes hambre, puedo hacer que mi chef nos prepare una maravillosa comida en la terraza. Si te apetece nadar, podemos ir a tu piscina privada. Si prefieres dar un paseo, te enseñaré los jardines—. Hizo una larga pausa y continuó. —Pero no creo que sea nada de eso lo que quieres ahora, ¿verdad Katie?

Su brusca respiración dejó claro que había acertado.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Sabes exactamente lo que quiero decir, Katie. Desde aquí, puedo ver tus pezones tiesos y estás tan mojada que tu excitación se extiende por tus muslos.

Ella apartó la mirada, desesperada por no encontrarse con sus ojos, e incluso la piel de su pecho estaba ahora enrojecida. Le levantó la barbilla con los dedos y la obligó a mirarle.

—Ambos sabemos que necesitas una buena y profunda follada, Katie. Así que te daré otra

opción. ¿Quieres que te tire en tu cama y te haga gritar entre las sábanas para mí, o quieres que te incline sobre la barandilla del balcón y te haga gritar para que te oiga todo el mundo?

Al principio ella no respondió, pero luego, con voz temblorosa pero llena de inconfundible lujuria, contestó: —En el dormitorio, por favor...

—Buena chica—, dijo él, —habrá tiempo de sobra para el balcón más tarde.

* * *

Si las chicas pudieran ver a Katie ahora, tendrían cotilleo para toda la vida.

—Ya es hora de que obtengas lo que siempre has necesitado—, dijo el deslumbrante espécimen cuya casa podía engullirse todas las casas en las que ella había vivido y tener sitio de sobra para el postre.

Ella esperaba acompañarle al dormitorio o quizá cogerle de la mano y ser conducida al interior, pero en lugar de eso, él la levantó como si no pesara nada y la llevó hasta la cama de matrimonio de la suite. La tumbó boca arriba y se le echó encima, luego le sujetó los brazos por encima de la cabeza con una mano mientras con la otra se paseaba entre sus piernas y le acariciaba el coño empapado.

Katie arqueó la espalda y jadeó, pero su boca se tragó el sonido y la besó profundamente. Mientras su lengua la devoraba, sintió su pulgar posarse en su clítoris y rodearlo lentamente, forzando un gemido ahogado de sus labios conquistados.

Dios, qué bien que sabía.

Él se apartó, y la miró a los ojos, y ella vio que su mirada se suavizaba.

—He deseado esto durante mucho tiempo, Katie.

Su vulnerabilidad poco habitual hizo que ella se sonrojara, y sus ojos bajaron un momento antes de volver a encontrarse con los de él. — Dime cómo te llamas—, le preguntó, casi en un susurro.

—Tendrás que ganártelo. Te lo susurraré al oído si te corres lo bastante fuerte para mí.

Su coño se contrajo tan fuerte que casi se gana que le susurrara su nombre al oído en ese momento.

Sabes por qué la idea de oír su nombre te excita tanto, ¿verdad?

Ella sí lo sabía, pero eso no impidió que pese a su voz gruñona se corriera igualmente.

Es porque te estás enamorando de él.

—La segunda vez que oigas mi nombre, no seré yo quien lo susurre—, continuó él antes de que ella pudiera seguir debatiéndose consigo misma si el hecho de que él tuviera una polla absolutamente exquisita y unos ojos tan intensos que hacían que su necesitado coñito se derritiera contaba como síndrome de Estocolmo. —Serás tú gritándolo mientras te corres aún más fuerte la segunda vez... y la tercera.

Luego se levantó, dejándola desnuda y temblorosa sobre el edredón, su cuerpo ya echaba de menos su calor. Mientras él se desnudaba, sus ojos recorrieron su pecho esculpido y sus abdominales cincelados, y luego bajaron hasta la V perfecta, que señalaba lo que ella deseaba con más desesperación que nunca.

Cuando lo vio, su polla parecía aún más grande e intimidante que antes, y se preguntó cómo había podido caber en su boca.

—Arrodíllate y enséñame ese precioso coño—, le ordenó, mirándola hambriento.

Quitando de mala gana los ojos de su forma divina, Katie hizo lo que le decía, y luego le miró por encima del hombro, sintiéndose de repente tímida.

—Ponte sobre los codos, Katie. Quiero ver todo lo que me pertenece.

Ella obedeció, intentando reprimir un gemido de necesidad mientras arqueaba la espalda y abría más las piernas para mostrar todo lo que había entre ellas.

—Buena chica.

El efecto visceral que esas palabras causaron tanto en su corazón como en su coño era innegable.

Inspiró cuando él se colocó detrás de ella y presionó la punta de su polla contra su resbaladiza entrada. Esperó sólo una fracción de segundo antes de penetrarla, y ella jadeó cuando su longitud la llenó. Él se quedó quieto un momento, dándole tiempo para que se acomodara a su grosor, y ella hizo todo lo posible por convencerse de que, después de todo, tal vez sería amable con ella.

Con un único y poderoso movimiento, él le demostró que tenía razón al tener miedo.

Esto iba a doler.

Jadeó con la primera embestida brutal, gimió con la segunda y gritó con la tercera. Entonces empezó a follarla de verdad, y ella se dio cuenta de que los primeros segundos *habían* sido suaves. Le preocupaba que le doliera el coño cuando terminara, pero ya le dolía.

—Duele, ¿verdad?

Katie gimió fuerte en respuesta.

—Bien. Necesitas que te duela.

Ella se corrió. No hubo preparación, ni advertencia, ni tiempo para prepararse. Sólo se sacudió salvajemente, cada músculo flexionándose mientras su coño hacía todo lo posible para sacarle la leche a la polla de su captor.

Inclinándose sobre su espalda, le susurró al oído: «Me llamo Richard».

Oír el nombre de su secuestrador por primera vez no debería haberla hecho correrse de nuevo, pero lo hizo, incluso más fuerte que la primera vez. Pero le demostró que estaba equivocado. Gritó mientras se corría sobre su polla, pero no gritó su nombre.

Entonces él le agarró el cabello con el puño, le presionó el rostro contra la almohada y la penetró tan profundamente que la dejó sin aliento. Antes había pensado que la estaba follando duro, pero se había equivocado. Esto era follar. El primer polvo verdadero de su vida.

Con creciente pánico, se dio cuenta de que él no había hecho más que empezar. Si gritaba su nombre como él había predicho era la menor de sus preocupaciones. Lo mejor que podía esperar en ese momento era que él le permitiera conservar algo de su dignidad, pero sabía instintivamente que no lo haría. La estaba penetrando como una bestia, y no iba a parar hasta destrozar todas sus inhibiciones. Iba a hacer que se corriera como una criatura salvaje en celo.

De repente, el «iba a» dejó de importar y todo se centró en el «ahora mismo».

Se corrió y, en ese momento, se dio cuenta de que nunca antes se había corrido de verdad. No así. No gritó su nombre porque su grito no tenía palabras. No intentó quitárselo de encima porque la intensidad de su orgasmo había consumido tanto su mente que había perdido todo el control de sus músculos.

En el momento en que alcanzó el clímax, oyó el rugido de placer de él y sintió su semilla caliente dispararse profundamente dentro de ella, y entonces por fin se corrió, y ella se quedó temblando en la cama con el cuerpo de él sobre el suyo.

—¿De quién eres, Katie?—, le susurró al oído.

Ella dio la respuesta que su cuerpo ya le había dado momentos antes.

—Soy tuya, Richard.

Luego se quedó dormida.

* * *

Para deshacerse del sopor tras despertarse, Katie buscó su móvil en la mesilla de noche, pero el teléfono no estaba allí. Tampoco estaba la mesilla de noche...

Fue entonces cuando recordó que no estaba en su acogedor apartamento. Estaba en la «suite de invitados» que un multimillonario loco había diseñado específicamente para ella mientras planeaba desorganizadamente su próximo secuestro.

Estaba desnuda, como recordaba haber estado desde que la sacaron de su apartamento, y la sensación pegajosa en sus muslos le decía que algo de su semilla se había filtrado de su coño bien follado y se había mezclado con su propia excitación aparentemente interminable. Deseosa de refrescarse, saltó de la cama y se dirigió hacia donde recordaba vagamente haber visto lo que parecía la puerta de un cuarto de baño.

Al abrir la puerta y entrar, se quedó boquiabierta. El dormitorio era bonito y estaba bien amueblado, pero el cuarto de baño era impresionante. Además de una ducha enorme, había una bañera inmensa. Pero lo más impresionante era que la pared junto a la bañera era completamente de cristal y ofrecía una vista increíble a un jardín de flores silvestres y a lo que parecía una especie de huerto.

Al acercarse a la bañera, se sintió momentáneamente confundida por la falta de asideros, hasta que se fijó en la enorme pantalla digital. Eso la confundió aún más hasta que vio una nota adhesiva pegada a un lado de la pantalla con las instrucciones: —Dile a la bañera que quieres un baño. Ella hará el resto.

¿Tenía reconocimiento de voz? No supo por qué se sorprendió. Teniendo en cuenta todo lo demás que había experimentado, una bañera así debería haber sido de esperar. Se rio un poquito por el contraste entre la bañera de altísima tecnología y el método de bajísima tecnología para comunicarle cómo debía manejarla. Al meterse en la bañera, se detuvo un momento.

¿Tenía que decir «Baño» o «Baño, ¿por favor»? o «¿Perdone, bañera, pero me gustaría darme un baño si no le molesta demasiado»?

Se decidió por un término medio: «Me gustaría un baño, por favor», momento en el que la bañera empezó a llenarse de agua. Ni siquiera había seleccionado la temperatura, pero por alguna razón era perfecta. ¿Se debía a que su secuestrador había averiguado su temperatura preferida del mismo modo que había averiguado todo lo demás sobre ella? ¿O se trataba de una función de inteligencia artificial de grado militar de la propia bañera? Soltó una risita, porque cualquiera de esas dos posibilidades, o incluso una combinación de ambas, le parecían creíbles. La bañera se llenó rápidamente y no tardó en sumergirse en un agua perfectamente salada con aromas de lavanda y menta que llenaban la habitación.

Sólo cuando emergió limpia y seca se dio cuenta de que, aunque había un cepillo de dientes, pasta dentífrica y un cepillo para el pelo junto al lavabo en uno de los grandes tocadores, no había visto ropa en ningún lugar del cuarto de baño. Tampoco recordaba haber visto nada en el dormitorio, pero no había mirado bien, así que se asomó rápidamente por la puerta del cuarto de baño.

Allí tampoco había ropa. ¿Quizá era algo que él le proporcionaría más tarde?

Sabes muy bien que te va a tener desnuda todo el fin de semana. Por eso estás empapada otra vez.

Maldita sea, *estaba* empapada otra vez.

Pensó por un momento en probar la ducha, pero luego admitió a regañadientes que, independientemente de cómo se sintiera intelectualmente respecto al secuestro, su cuerpo no tenía nada que objetar, y probablemente iba a estar excitada durante la mayor parte de las próximas cuarenta y ocho horas.

En cierto modo, renunciar incluso a fingir que controlaba su excitación era liberador, y sus muslos desnudos brillaban cuando terminó de cepillarse los dientes y el cabello. Envolviéndose en la toalla como si fuera una prenda de vestir, se puso las pantuflas peludas que había visto en el suelo. Estaba claro que la modestia no le importaba, pero parecía que su comodidad sí. Volvió al dormitorio y luego salió al amplio salón ricamente amueblado, que parecía ser la habitación central del ala de invitados con una temática que él había diseñado para Katie.

La decoración, que no había asimilado del todo la noche anterior, era fascinante. No se parecía en nada a la elegancia cutre que había intentado en su apartamento. Tampoco era el tipo de suite real que habría elegido la princesa que llevaba dentro si hubiera tenido de repente acceso al dinero que claramente tenía su captor. En cambio, era una especie de fusión de lo que obviamente era su estilo de decoración preferido (al menos por lo que se veía en el resto de la casa) con un estilo que en realidad no parecía el de él, sino más bien el que sería el suyo si fuera la esposa de un multimillonario. Era como si Richard hubiera imaginado la mujer en la que ella

se convertiría si fuera su esposa y luego hubiera combinado el estilo de esa mujer con el suyo propio de una forma increíblemente dominante y posesiva, pero también profundamente romántica... y si la humedad que se extendía de un lado a otro entre sus muslos servía de indicación, también bastante excitante.

Sin embargo, su examen de la habitación se interrumpió bruscamente cuando su presunto diseñador entró despreocupadamente por el balcón.

—Me alegro de verte despierta, Katie. Estaba a punto de despertarte. Tenemos todo el día por delante.

—¿Un día completo haciendo qué?—, preguntó ella, incapaz de mantener la curiosidad excitada fuera de su tono.

—Empezaremos haciendo lo que tú quieras esta mañana. Luego haremos lo que yo quiera esta noche.

No pudo evitar dedicarle una sonrisa rápida y descarada. —¿Significa eso que puedo enrojecerle el culo durante mi turno si quiero? No llevo cinturón, así que puede que necesite que me presten uno....

Richard sonrió, y parecía de auténtica alegría.

—Me gusta cuando eres atrevida.

Eso no debería haberla hecho sentir un cosquilleo, pero lo hizo.

—Quizá algún día, si has sido una chica muy, muy buena durante mucho, mucho tiempo, te deje mandar durante unos minutos. Pero por el momento, voy a estar muy al mando.

—Pensé que habías dicho que podíamos hacer lo que yo quisiera esta mañana.

—Sí. Yo estaré al mando mientras hacemos lo que tú quieras—, contestó con una sonrisa de oreja a oreja. —Pero empecemos con el desayuno en el balcón.

Se dirigió hacia la puerta del balcón y, al llegar, se volvió y dijo con indiferencia: —Deja la toalla aquí. La criada odia que se extravíe la ropa blanca.

El rubor de Katie aumentó hasta el carmesí habitual. Pensó en rebelarse, pero tras apretar involuntariamente las nalgas, optó por obedecer sin recibir azotes. Despacio, pero no tanto como para arriesgarse a ser castigada, se desató la toalla y la dejó caer al suelo.

¿Había dejado caer la toalla al suelo en lugar de dejarla a un lado cuidadosamente para mostrar sólo un indicio de la rebeldía contra la que había optado hacía unos momentos? ¿O la había dejado caer porque sabía que a él le parecería sexy? ¿O había sido un poco de ambas cosas a la vez?

En cualquier caso, la mirada de él pasó de divertida a hambrienta (incluso depredadora) en un instante, y ella supo que tanto si lo había hecho con esa intención como si no (y a quién pretendía engañar, sin duda lo había conseguido), el hecho de dejar caer la toalla había sido tan sexy como ella esperaba.

Ser capaz de excitarlo tan fácilmente le dio una momentánea sensación de poder con la que se

deleitó, e incluso cuando los ojos de él recorrieron su cuerpo ahora desnudo, ella ni se inmutó ni apartó la mirada. Él la había desnudado, pero ella había puesto esa mirada hambrienta en sus ojos, y eso le gustaba.

Estaba segura de que a él también le gustaba.

Entonces él salió al balcón y ella lo siguió, pero su paso era diferente al de la noche anterior. Seguía ruborizada, pero su postura no era la de una niña traviesa con el culo rojo y el coño aún dolorido, ni la de una concubina transportada como botín de guerra.

No, cuando hoy caminara desnuda por su opulenta casa, lo haría como si fuera la dueña... porque una parte de ella sabía que ya lo era.

* * *

Richard se dio cuenta de que Katie estaba disfrutando del desayuno con él, y no sólo porque le gustara la comida. Aunque al principio había estado callada (aparte de explicarle los detalles del gigantesco pedido que le había hecho a su chef), se había vuelto más conversadora a medida que avanzaba la comida.

—Ya que no me dices quién eres, ¿podrías decirme al menos cómo acabó en... todo esto?—, preguntó con un gesto que parecía abarcar la comida que tenía delante, el balcón y, por ende, el resto de la finca.

Había estado esperando esta pregunta y había decidido que cuando llegara la contestaría con la mayor sinceridad posible sin revelar nada que le hiciera demasiado fácil de identificar.

—Después de la residencia trabajé un par de años en un hospital, pero no me llenaba. Me había metido en la medicina porque quería avanzar en la medicina de última generación y simplemente no había espacio para hacerlo mientras estaba tratando pacientes o de guardia cada minuto que pasaba despierto. Así que dejé ese trabajo y me puse a hacer lo que siempre había querido.

—¿Secuestrar chicas?

—En realidad eres la primera—, respondió con una sonrisa, —pero me alegro de que te pareciera un profesional—. Luego, con una expresión más seria, continuó. —Lo que siempre había querido hacer era inventar cosas, y decidí que iba a empezar a hacerlo, aunque tuviera que trabajar en el garaje de mi amigo... cosa que hice durante el primer año. Entonces tuve suerte y un pequeño dispositivo que pude patentar resultó ser muy, muy eficaz para ayudar a los pacientes a recuperarse de una operación de pulmón.

—¿Y acabaste siendo multimillonario de la noche a la mañana?.

—No del todo. Primero hubo que superar algunas... cosas desagradables.

—¿Desagradables?—, preguntó ella, que ahora sonaba legítimamente curiosa.

—Una de las grandes empresas farmacéuticas intentó invalidar mi patente y robarme la idea.

—¿Los demandaste o algo así?.

—Demandar a una empresa que tiene recursos para sobornar a todos los jueces y congresistas del país no me pareció un uso rentable de mi tiempo y mi dinero, así que recurrí a «o algo así».

—Muy misterioso... ¿Llamaste a un sicario o qué?—, preguntó en tono jocoso.

—Sí, algo así—. No había humor en su tono, y ella obviamente se dio cuenta.

—Oh...

Intentaba ocultarlo, pero enterarse de que él tenía «contactos» la había excitado claramente.

—No te preocupes, mi dulce Katie, en realidad nadie terminó criando malvas. Sólo tuve que pagar a unos viejos amigos de un primo mío una parte de mis beneficios durante los primeros años a cambio de que le hicieran a un ejecutivo de una empresa que creía en los inventos una oferta que no podía rechazar.

Katie estaba tan mojada que podía oler su excitación.

—¿Todavía... ya sabes... tienes esas conexiones?

—Sí, pero hacía años que no las utilizaba, hasta hace poco.

—¿Por qué las necesitaste de nuevo hace poco?

—Quería secuestrar a una chica muy guapa—, respondió con naturalidad.

Katie se sonrojó y bajó la vista a la mesa.

—Cuando no estoy pagando para que pirateen los teléfonos y anulen los sistemas de seguridad de los complejos de apartamentos, te aseguro que soy el mismísimo modelo de hombre de negocios legal—, la tranquilizó, sin reconocer su evidente excitación. Ya habría tiempo para eso más tarde.

—Y... ¿ahora qué?—, preguntó ella, terminando por fin su último plato de comida.

—Te voy a llevar a pasear por mis jardines y luego haremos el amor sobre un lecho de flores.

—Adorable—, respondió ella, sonriendo, —pero en realidad, ¿qué tienes planeado hacer después con tu cautiva?

La cogió suave pero firmemente del brazo y la condujo hacia el jardín de flores silvestres.

* * *

Katie había pensado que Richard había bromeado sobre el lecho de flores, pero resultó que la única publicidad falsa había sido la parte de «hacer el amor». Acababa de follársela otra vez, muy fuerte.

Justo como lo deseabas.

Una cascada cercana había ahogado sus gritos del clímax, al menos...

Después de esa pequeña excursión, su captor le había dado un paseo por el resto de su finca, con

un almuerzo tardío servido en un hermoso lugar en el bosque con vistas a un prado. La sensación de «romance en el aire» le habría parecido exagerada si no hubiera estado desnuda, con el coño dolorido y maltratado y en compañía de un hombre que la había secuestrado dos veces, disfrutando de los sándwiches preparados por el chef. Así las cosas, había acabado dejando una mancha húmeda en la manta del picnic.

La tarde había pasado con un paseo en helicóptero, que le permitió a Richard mostrarle las zonas de su finca (que eran muchas) y que quedaban demasiado lejos para disfrutarlas con una pequeña caminata, y la noche la había pasado en su sala de cine porque, al parecer, incluso a los secuestradores multimillonarios relacionados con la mafia les gustaba Netflix y relajarse después de un largo día.

Katie esperaba otro polvo antes de acostarse y, si era sincera consigo misma, se sintió un poco decepcionada cuando le pareció que él planeaba simplemente arroparla por la noche... hasta que se metió en la cama con ella y le recordó lo dolorido que tenía ya el coño mientras la llevaba a una serie de orgasmos estremecedores por segunda vez aquel día.

Después de otro delicioso desayuno en su balcón, en realidad un almuerzo tardío, teniendo en cuenta la hora que era cuando por fin se levantó de la cama y el tiempo que pasó deleitándose en la bañera, ambos disfrutaron de una tranquila tarde remando en su lago privado. O, mejor dicho, él disfrutó de la tarde remando, y ella hizo todo lo posible por fingir que remaba mientras pensaba en lo mucho que odiaba remar.

Casi había anochecido cuando el día se puso interesante, pero cuando llegó la noche se puso realmente interesante.

Porque fue al anochecer cuando él le hizo un recorrido completo por su casa, después de lo que parecieron horas serpenteando por pasillos que harían sonrojar a la reina de Inglaterra por su opulencia, mientras que a Katie le causaba grima su modernidad. Por fin llegó el momento que ella había estado esperando en secreto.

Cuando Katie vio la puerta, supo instintivamente que su mazmorra estaba al otro lado.

O su sala de examen. O como quiera que un hombre como él llamara al lugar donde llevaba a chicas como ella.

No era sólo el hecho de que la puerta pareciera pertenecer a una habitación resultante de la unión impía de la Bastilla y el calabozo de la nave Enterprise. Era la forma en que Richard la miraba mientras se acercaban, como si pensara hacerle cosas realmente vergonzosas al otro lado de la puerta.

Luego la abrió y le hizo señas para que entrara.

CAPÍTULO SEIS



Cuando Katie miró a su alrededor, se confirmó su sospecha de que aquella era la habitación donde había tenido lugar su primer encuentro con Richard. Era extraño ver por primera vez un lugar que ocupaba un espacio tan íntimo en sus recuerdos y en su corazón. En el centro de la habitación estaba la gran camilla acolchada a la que la habían atado, boca arriba, con las piernas levantadas y abiertas, mientras el doctor le acariciaba los pezones y el coño y la hacía correrse más fuerte que nunca.

Sin embargo, hoy pudo ver que los estribos que se habían utilizado para mantenerle las piernas separadas colgaban a cada lado de la mesa, dejando la superficie completamente plana excepto por unas cuantas anillas metálicas colocadas estratégicamente para permitir la fijación de cuerdas, esposas, cadenas o cualquier otra herramienta necesaria para sujetar a una víctima de un secuestro sonrojada como ella.

Mientras señalaba la mesa, Richard comentó en un tono algo irónico: —Vosotros dos ya os conocéis, por supuesto. Pero su posición hoy permitirá un encuentro más cara a cara.

Te ha secuestrado tu papá.

Ella no le animó con una respuesta, y mucho menos con una carcajada. Pareció un poco decepcionado, pero sin duda sin desanimarse ante futuros intentos de mal humor, Richard le indicó que se subiera a la mesa de rodillas y con los codos abiertos. A pesar de que él ya había visto cada parte de ella más de una vez, ella se sonrojó de un color rosado intenso mientras llevaba a cabo esta instrucción.

La postura la obligó a arquear la espalda, dejando su culo desnudo y su coño ya mojado completamente expuestos a su mirada. Sus pechos, cuyos pezones que se endurecían rápidamente, colgaban debajo de ella, también fácilmente accesibles. Una vez que estuvo sobre la mesa, hizo algunos pequeños ajustes en su posición, guiándola para que abriera un poco más las piernas, presionando con la mano la parte baja de su espalda para aumentar el arco y acercando ligeramente su cabeza a la mesa. Luego, utilizando un conjunto sorprendentemente cómodo de esposas y correas, la inmovilizó rápida y eficientemente en su posición actual.

Tenía los brazos sujetos por las muñecas, justo por debajo de los codos, y las piernas por encima de los tobillos y justo por debajo de las rodillas. En esta posición ella podía mover un poco el torso, contoneándolo de un lado a otro, pero a él no parecía molestarle. Cuando terminó, Richard emitió un gruñido de satisfacción y apoyó suavemente la mano izquierda en la parte baja de su espalda mientras con la derecha le acariciaba el trasero perfectamente presentado.

—Tienes un culo absolutamente precioso, Katie. ¿Lo sabías?

Ella no sabía qué decir, así que no dijo nada. Al parecer, eso no le gustó porque un cachete punzante aterrizó de inmediato en el centro de su trasero desnudo. El azote no tuvo nada de juguetón. La azotó con todo el brazo y le dolió mucho. Rápidamente le siguieron un segundo y un tercero, ambos igual de agudos y dolorosos que el primero.

—Cuando te haga una pregunta, Katie, deberás responderla.

Por lo visto el Sr. Buen Secuestrador había desaparecido.

El bruto adusto de la primera noche había vuelto, y quisiera ella admitirlo o no, el estrechamiento de su coño prominentemente expuesto (que él sin duda vio) dejaba bien claro que, aunque a ella le gustaba la versión agradable de él, era esta versión la que realmente la dejaba deseando su polla.

—Lo siento, doctor—, dijo rápidamente.

Parecía apaciguado, pero no totalmente satisfecho con esa respuesta, entonces volvió a decir: «Tienes un culo muy bonito, ¿verdad, señorita? ».

—Sí, doctor...

Katie siempre había pensado que su culo era uno de sus mejores atributos, pero verse obligada a reconocerlo mientras el susodicho culo estaba desnudo, abierto y ya marcado con tres brillantes huellas rojas de manos resultó ser bastante humillante, y su rubor aumentó mientras pronunciaba las palabras exigidas.

Pareciendo darse cuenta tanto de su vergüenza como de su creciente excitación -como siempre hacía-, Richard se dispuso a insistir en el tema.

—Te ruboriza admitir lo bonito que es este trasero redondo y tonificado, ¿verdad, Katie? Especialmente cuando está desnudo y abierto para mí como ahora.

Es como si pudiera leer su mente.

—Sí, doctor.

—Dime con tus propias palabras lo bonito que crees que queda tu culo en esta postura, Katie.

Cómo esa instrucción en particular era demasiado humillante para llevarla a cabo teniendo en cuenta todo lo que había hecho y le habían hecho hasta el momento, nunca lo sabría, pero no obstante vaciló durante lo que aparentemente fue más tiempo del que él iba a tolerar porque otra ardiente huella de su mano se añadió rápidamente al hermoso trasero del que se estaba hablando en ese momento.

Motivada por el intenso escozor y por la certeza de que él iba a conseguir lo que quería por mucho que tuviera que enrojecerle primero el trasero, Katie hizo todo lo que pudo para componer la oda a su propio culo que él le pedía.

—Mi... mi culo debe estar precioso en esta posición, doctor. Seguro que estás disfrutando de las huellas que tus manos han...

—Sigue—, le instó.

Esto era mucho, mucho más difícil de lo que ella esperaba.

—Estoy segura de que mis nalgas deben estar abiertas en esta posición, para que pueda ver mi... mi culo, doctor.

—¿Y qué hay de ese coño empapado, Katie? ¿También está expuesto para mí?

—Sí, doctor. Estoy segura de que también estás disfrutando de la vista de mi coño empapado...

Katie nunca habría imaginado que verse obligada a admitir tanto su propia exposición como su visible excitación sería algo que encontraría excitante, pero para cuando terminó de hablar, su mojadura goteaba por sus muslos.

—Buena chica—, dijo Richard, y esas dos palabras hicieron que tanto su corazón como su coño se derritieran.

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora, Katie?

—¿Azo...Azotarme, doctor?—Tuviste ese culo muy bien azotado hace sólo un par de días. Tengo algo más en mente para hoy. Pero como acabas de ver, siempre puedo enrojecerlo si es necesario.

—¿Qué... qué vas a hacer entonces, doctor?

—La última vez que te tuve atada a esta camilla, pasé bastante tiempo con esos preciosos pezones y ese coñito tuyo tan perfecto. Pero hubo un lugar que no exploré. ¿De qué punto crees que estoy hablando, Katie?

Oh... así que eso era lo que tenía en mente. Ella nunca había estado con nadie que hubiese hecho *eso* anteriormente.

Recordando que tenía que contestar rápidamente para evitar el enrojecimiento del trasero al que él acababa de aludir, contestó: «¿Mi ano, doctor? »

—Así es, Katie. Estaba deseando conocer ese agujerito tuyo.

¿Iba a burlarse de ella con los dedos? ¿O con hielo? ¿O con cualquier rueda de nuevo? ¿O estaba planeando algo más... invasivo?

Respondió a su pregunta mental un segundo después. —Sí, Katie. Voy a disfrutar jugando con este bonito agujero del culo. Y voy a disfrutar follándomelo aún más.

Así que era eso. En poco tiempo iba a tener una polla en el culo por primera vez en su vida.

—¿Va... va a doler, doctor?

Se inclinó para susurrarle al oído, como hacía a menudo cuando estaba a punto de darle una noticia que la aterrorizaría y le dejaría el coño fuertemente agarrotado. Ella sintió su aliento caliente en el lóbulo de la oreja mientras él respondía: —Sí, Katie. Te va a doler. Pero te vas a correr muy, muy fuerte.

Enderezándose, Richard volvió a pararse detrás de ella. Katie miró hacia abajo, entre sus piernas

abiertas, y vio cómo él levantaba lentamente un dedo y lo deslizaba burlonamente desde su coxis por la hendidura de sus nalgas antes de detenerse y presionar sólo con la punta su indefenso ano. No presionó lo bastante como para introducir el dedo, sólo lo suficiente para obligarla a concentrarse por completo en su sensible agujerito. Luego dejó que el dedo terminara su provocador recorrido hacia abajo, a lo largo de su chorreante coño, hasta rodear su clítoris, antes de volver por donde había venido, hasta su coxis. Sin embargo, la segunda pasada fue diferente, porque la yema de su dedo dejó un rastro frío y pegajoso de humedad en su recorrido, y cuando lo presionó contra su ano esta vez (ahora lubricado con su propia excitación) se deslizó sólo un poquito hacia dentro.

Su aullido de protesta fue seguido de un gemido de placer, al que Richard respondió introduciendo aún más el dedo, hasta el segundo nudillo. Entonces, decidió que ya había dedicado suficiente tiempo a crearle anticipación y empezó a follarle el culo con el dedo. Las primeras embestidas no fueron especialmente fuertes, pero en unos instantes aumentó la velocidad y la intensidad de sus movimientos, y los jadeos de Katie se convirtieron en gemidos intercalados con súplicas.

—Es sólo un dedo—, dijo Richard en respuesta a sus súplicas de que fuera suave. —Mi polla es mucho más grande, y claramente no voy a ser suave cuando folle este estrecho agujero.

El coño de Katie se contrajo con fuerza ante aquella afirmación, a pesar de que confirmaba sus peores temores. Pero mientras él continuaba, ella sintió una sensación que crecía en lo más profundo de su ser y se extendía rápidamente.

Iba a correrse.

No es que Katie no le hubiera creído cuando le dijo que se correría con su polla en el culo (después de todo, a esas alturas ya le había demostrado sin lugar a dudas que podía hacerla correrse cuando, donde y como quisiera), sino que había supuesto que sería más bien una reacción involuntaria y apenas placentera a la sensación de su agujero virgen siendo concedido.

Esto era otra cosa. Era un maremoto de placer que se mezclaba con la ardiente sensación de su dedo, ya casi seco, deslizándose rápidamente dentro y fuera de su apretado y sensible ano. Pasaron unos instantes y el dolor y el placer continuaron luchando en su interior, pero pronto el conflicto se resolvió con una tregua incómoda. El dolor del manoseo del ano ya no la distraía del placer que la acompañaba, sino que empezaba a aumentarlo.

Entonces, justo cuando empezaba a preguntarse si podría correrse sólo con la estimulación de su dedo, sintió que su pulgar presionaba su clítoris y empezaba a frotar y acariciar su protuberancia ya hinchada. Su cuerpo reaccionó al instante y, justo cuando su clímax empezaba a consolidarse, le oyó hablar de nuevo.

—Te vas a correr con mi dedo en el culo, ¿verdad, chica traviesa?.

Aunque Katie no respondió verbalmente, su cuerpo respondió por ella.

Su espalda se arqueó y su culo se movió hacia arriba casi por sí solo, como si intentara empalarse aún más en su dedo invasor. En el punto álgido de su orgasmo, sus nalgas se contrajeron involuntariamente en un intento de impedir que él continuara con sus embestidas, pero fue en vano. El áspero manoseo continuó durante su clímax y más allá.

—¡Oh, Dios mío... doctor... Richard... ya me he corrido! ¡por favor, ¡para!.

—Lo sé—, dijo él con sencillez.

En ese momento, Katie empezó a darse cuenta de hasta qué punto estaba a merced de su amo, y esa sensación se hizo más profunda y terrible cuando sintió su dedo corazón deslizándose por su coño. Durante un breve instante, Katie intentó convencerse de que sólo pretendía darle placer a su húmedo canal, pero en el fondo sabía que no era así.

Su intuición se confirmó un instante después, cuando el dedo corazón del doctor, recién lubricado, se introdujo bruscamente en su ya dolorido ano. El dolor y el placer volvieron a entrar en conflicto en lugar de cooperar, y así permanecieron durante los minutos siguientes, mientras la expoliaba a conciencia y vergonzosamente.

Entonces ocurrió.

Esta vez no hubo una lenta acumulación, ni un suave cortejo entre la agonía y el éxtasis. Esta vez fue instantáneo, el dolor y el placer se combinaron repentina y explosivamente para hacer arder todos los nervios a la vez, mientras un violento orgasmo se abalanzaba sobre ella. Una vez más, él no se detuvo ni siquiera cuando ella alcanzó el clímax, y sólo cuando los músculos tensos de ella se relajaron por fin, él sacó los dedos para liberarla.

¿Había terminado?

Él no podía planear conquistar su trasero con su polla ahora mismo, ¿verdad? No después de aquello.

Sin embargo, sus ya débiles esperanzas se desvanecieron cuando oyó que se bajaba la cremallera, seguido rápidamente por el ruido del resto de su ropa. Su miedo se mezcló con una impotente y humillante excitación, y esperaba sentir la punta de su polla en su ardiente entrada en cualquier momento. Katie se sorprendió cuando, en lugar de eso, le cogió el cabello con la mano cerrada y se dio cuenta de que se había colocado delante de ella con la polla lo más cerca posible de su rostro.

Había visto su polla de cerca una vez antes, y recordaba que era intimidante, pero su recuerdo claramente no le había hecho justicia. Era enorme... y su estrecho agujero se estiraría a su alrededor en un momento. Su ignorado coño no debería haberse tensado ante eso, pero lo hizo. Casi como si estuviera haciendo pucheros por permanecer vacío mientras aquel magnífico miembro destrozaba otro agujero.

—Por favor, Richard... es demasiado grande...

Echándole el cabello hacia atrás para inclinar la cabeza de modo que le mirara a la cara en lugar de a la polla, Richard se encontró con su mirada.

—Te voy a follar ese culito dolorido hasta que te quedes afónica de tanto gritar y me voy a correr dentro de ti. Luego te llevaré a casa con mi semilla aún goteando de ese agujero bien usado.

Katie no estaba segura de qué era lo más aterrador de lo que Richard acababa de decir. ¿Sabía que hablaba en serio? ¿Era el hecho de que ya estaba increíblemente dolorida y apenas podía imaginarse cuánto le iba a doler aquella polla cuando se la metiera en su agujero inferior, indefensamente expuesto y perfectamente presentado? O era el hecho de que una parte

vergonzosa de ella no sólo quería que le doliera, sino que lo necesitaba.

Como si quisiera confundir sus emociones al máximo, Richard se inclinó y acercó su rostro al de ella. Esperaba una descripción más humillante de lo que iba a ocurrirle a continuación, pero lo que obtuvo fue un beso. No un beso de castigo y dominación, sino uno suave en los labios que, de algún modo, se sintió más posesivo de lo que podría haberlo sido cualquier devastación de su boca.

—Te amo, Katie.

Había algo en su tono que sorprendió a Katie aún más que el beso. Todo lo que había dicho y hecho desde el momento en que la trajo a esta habitación hasta ahora había parecido preparado, casi ensayado, como si la hubiera imaginado atada de esta manera para él muchas veces, y los clímax estremecedores a los que la había forzado formaban parte de un plan bien ensayado para conquistarla exactamente de la manera en que necesitaba ser conquistada.

Esto era diferente. Él no había planeado decirlo. Ella estaba segura. No es que no creyera que la amaba. Lo sospechaba desde hacía tiempo. Pero decírselo aquí y ahora no sólo estaba fuera de su carácter, sino que parecía casi contraproducente. Se había pasado la última hora tratándola como un ser puramente sexual, despertando a la zorra vergonzosamente deseosa que siempre había sabido que se escondía dentro de ella de una forma aún más humillante de lo que había sido cuando la ataron a esta misma camilla boca arriba aquella primera noche hacía unas semanas.

Ahora, de repente, no estaba hablando con la guarra a la que se había esforzado tanto en despertar. Estaba hablando con Katie. Le estaba diciendo a Katie que la amaba.

Pero su anterior conclusión de que decirle que la quería sería contraproducente para mantenerla excitada resultó ser completamente incorrecta. De hecho, nada más lejos de la realidad. Aquellas simples palabras le estrujaron el coño con más fuerza que nunca desde que recibió aquel fatídico primer mensaje de texto. Pero eso no era lo más alarmante. Porque en los instantes de silencio que le parecieron eternos que siguieron a sus palabras, una verdad impactante la golpeó, y antes de que pudiera enfrentarse a ella, se encontró a sí misma vocalizándola.

—Yo también te amo, Richard.

Dejó que sus palabras flotaran en el aire un instante, como si le sorprendiera tanto oírlas como a ella haberlas dicho. Luego la besó. Largo, fuerte y apasionado.

Cuando por fin sus labios se separaron de los de ella, por un momento pareció confundido de nuevo. Se preguntaba, ella lo sabía en el fondo de su corazón, si la primera vez que la chica de sus sueños le dice que le ama no era el mejor momento para darle la primera follada hasta el fondo de su vida. En ese segundo, Katie supo que si decía las palabras adecuadas Richard la desataría, la llevaría al dormitorio y le haría el amor dulcemente. De hecho, abrió la boca con la intención de decir esas palabras.

Pero lo que salió de sus labios fue: —Necesito esto, Richard.

Joder.

De verdad que lo necesitas.

Por una vez la voz no era descarada. De hecho, la voz sonaba tan asustada como ella se sentía.

Pero tenía razón, como siempre. De veras ella necesitaba esto.

Entonces, tan rápido como el paso de una lluvia primaveral, la mirada insegura de Richard desapareció y volvió a ser el doctor severo, sexy y dominante que ella conocía tan bien. Rozó sus labios con los de ella una última vez y luego le susurró al oído: —Voy a follarte duro ese culito, Katie mía.

Mientras Katie seguía preguntándose qué le había llevado a hablar para que le follara el culo, Richard se movió para colocarse detrás de ella y un momento después sintió la punta de su enorme polla erecta rozándola. Katie se dio cuenta de que estaba dejando que aumentara su anticipación. Y también se aseguraba de que ella pudiera sentir (de la forma más visceral posible) lo grande que era la polla que estaba a punto de empalar su ya muy dolorido agujero.

¿Se preguntaba si usaría lubricante? Seguro que lo usaría.

Su pregunta fue respondida cuando oyó el sonido de un pequeño frasco que se destapaba y, un momento después, un líquido frío goteaba desde la parte superior de su hendidura y se dejaba correr por su agujero inferior. Mientras ella observaba entre sus piernas abiertas, lo vio rociar una generosa porción también sobre su polla antes de extenderla con un rápido movimiento masturbatorio.

¡Una bofetada!

Su mano húmeda y pegajosa aterrizó con fuerza en su trasero desnudo. Sabía instintivamente que no había hecho nada para ganarse aquel azote, aparte de tener un bonito culo que estaba a punto de ser follado con fuerza por el hombre que lo poseía. Recibió varios azotes más, húmedos y punzantes, antes de que Richard decidiera que ya había enrojecido lo suficiente. Luego se subió detrás de ella en la camilla y se arrodilló entre sus piernas abiertas, de modo que su polla quedó perfectamente colocada en la entrada que pretendía reivindicar.

Por fin, ella sintió la punta de su polla allí donde sabía que la sentiría algún día desde que Richard entró en contacto con ella por primera vez. Agarrándole las caderas con ambas manos, empezó a presionar lenta y deliberadamente la cabeza de la polla contra su ano. Los músculos de ella se contrajeron, tratando de impedir la invasión de su lugar más íntimo, pero poco a poco sus defensas fueron quebrantadas y entonces la punta de su polla estuvo dentro de ella. Respiró entrecortadamente cuando la polla se asentó por completo, y sus jadeos se convirtieron rápidamente en gemidos y luego en súplicas a medida que la penetraba centímetro a centímetro.

De repente, él la penetró con fuerza, enterrando su polla hasta la base. Ella gritó ante la brusca penetración y gritó más fuerte cuando él empezó a empujar. Con la mano izquierda de él agarrándola firmemente por la cadera, sujetándola con fuerza, no tuvo más remedio que dejarse follar.

Justo cuando sus gritos alcanzaban su punto álgido, sintió los dedos callosos de él sobre su clítoris y, de repente, empezó a gritar de otra manera, mientras la invadía un clímax brutal. Sus nalgas se apretaron alrededor de su polla mientras se corría, pero fue en vano, y él la folló durante todo el orgasmo.

Pero esta vez, su clímax no retrocedió. No fue un pico, sino una meseta. Y ella siguió gritando y corriéndose mientras él le daba exactamente la follada que siempre había necesitado. ¿Se había

corrido ya dos veces? ¿Tres veces? ¿O había sido un único clímax inimaginablemente intenso?

Finalmente, sintió que se ponía increíblemente duro, y la rígida vara que llevaba dentro pareció palpitar y estremecerse mientras su caliente semilla brotaba en lo más profundo de su culo. Cuando Richard se corrió, lo que comenzó como un profundo gruñido de su garganta pronto se convirtió en un feroz rugido que se mezcló con una nueva ronda de desesperadas y culminantes vocalizaciones de Katie.

Solo cuando hubo extraído las últimas gotas de su polla, Richard se apartó de ella. El cuerpo de Katie quedó inerte, sostenido sólo por sus ataduras. Su mente entraba y salía de la conciencia hasta que sintió su aliento caliente en la oreja.

—Ahora eres mía de verdad, Katie.

Ella apenas se dio cuenta de que él utilizó una toallita húmeda y caliente para limpiarle el lubricante de la hendidura de las nalgas y alrededor del ano -mientras dejó imperturbable el semen que goteaba de su agujero bien follado- y luego le limpió su la polla. Incluso después de que él la liberara y la levantara de la camilla, ella no recuperó la conciencia hasta un rato más tarde. Cuando lo hizo, estaba cómodamente acurrucada en su regazo. Al parecer, la había llevado hasta su ala de la casa, donde estaban sentados en una silla reclinable, mientras él le acariciaba el cabello y le arrullaba al oído.

Estuvieron sentados largo rato sin hablar antes de que él susurrara: —Te amo, mi Katie.

Ella susurró: —Te amo, Richard—, antes de volver a conciliar el sueño de nuevo.

* * *

Katie se despertó y se encontró exactamente como recordaba haberse dormido, desnuda y dolorida en los brazos de Richard, con la polla que tan profundamente había destrozado su trasero antes virgen todavía presionando suavemente contra las mejillas de ese mismo trasero. No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido. Sólo había una pequeña diferencia -o más bien una gran diferencia- con respecto a cuando se había dormido. La mencionada polla estaba de nuevo dura como una roca mientras presionaba contra su culo bien usado.

—¿Has disfrutado de la siesta?— preguntó Richard, al ver que se había despertado.

—Sí, supongo que la necesitaba—, respondió Katie.

—Desde luego que sí.

—¿Cuánto tiempo he dormido?—, preguntó ella.

—No estaba prestando mucha atención, pero supongo que un par de horas.

—¿Me tuviste así en tu regazo todo el tiempo?.

—No se me ocurre mejor manera de pasar dos horas que teniendo a la chica de mis sueños en mi regazo.

La afirmación le pareció tan cursi que buscó indicios de sarcasmo, pero no los encontró.

—¿Y ahora qué?—, preguntó.

—Es domingo por la noche—, respondió, —así que, como lo prometí, te llevaré de vuelta a casa.

Una oleada de tristeza la invadió. Intentó recordarse a sí misma que él la había secuestrado y que, independientemente de las sensaciones de síndrome de Estocolmo que había sentido en los dos últimos días, debería estar encantada con la idea de que él la devolviera sana y salva a casa. Pero sus esfuerzos por convencerse a sí misma, fueron, en el mejor de los casos, poco entusiastas. De hecho, fueron casi inexistentes, tanto que un momento después no pudo evitar preguntar: —¿Cuándo... cuándo volveré a verte?.

—Cuando quieras, Katie—, respondió él.

—¿Quieres decir que no volverás a secuestrarme?.

—¿Sería necesario?—, preguntó.

—No... no lo sé.

Por un momento, Katie consideró la posibilidad de preguntarle si realmente tenía que llevarla a casa, en parte porque volver a casa con el trasero dolorido no sonaba especialmente agradable y en parte porque la idea de pasar otra noche en la lujosa suite que había construido para ella sin duda tenía cierto atractivo. Pero, sobre todo, sabía que en el fondo era porque no le apetecía pasar a solas una noche que podría haber pasado con él.

Al darse cuenta de que parecía en guerra consigo misma, Richard le resolvió el dilema. —Tengo la sensación de que una parte de tuya querría quedarse aquí. Y si estuviera seguro de que esa parte tuya tiene razón, nada me gustaría más que acurrucarme a tu lado en la cama esta noche. Pero la realidad es que no podrás llegar a esa conclusión con certeza ahora mismo. Cuando decidas por voluntad propia compartir mi casa y mi cama, quiero que esa primera noche sea muy especial. Y eso significa que tenemos que darte la oportunidad de tomar la decisión en circunstancias más propicias para que pienses las cosas primero.

Aunque una parte de ella se sintió decepcionada por esas palabras, hizo todo lo posible por fingir lo contrario. Al ver que ella luchaba contra la tristeza, Richard se inclinó hacia ella para susurrarle al oído, como hacía siempre que estaba a punto de decirle algo atrevido. Como de costumbre, las vergonzosas palabras que siguieron no la decepcionaron.

—Además, Katie, ésta podría ser mi última oportunidad de llevarte de vuelta a tu apartamento con mi semilla goteando aún de ese agujerito dolorido del culo.

Se puso de pie, levantándola con él, pero no la bajó todavía. En lugar de eso, la mantuvo allí, con su polla de algún modo de nuevo palpitantemente erecta apuntando directamente hacia ella, y luego, con una sonrisa oscura y depredadora, la acercó a él para que sus piernas rodearan su torso y su pecho desnudo se apretara contra el suyo antes de gruñirle unas palabras que la hicieron olvidar su tristeza.

—Vamos a asegurarnos de que mi semilla gotea de estos dos estrechos agujeros tuyos.

Con esas palabras, empaló su coño empapado en su polla.

Esta vez no hubo una larga serie de orgasmos. Se limitó a hacerla rebotar arriba y abajo, y ella se

corrió en cuestión de segundos. Entonces, mientras su coño se cerraba con fuerza alrededor de su polla, sintió cómo él eyaculaba dentro de ella. Cuando su coño hubo absorbido hasta la última gota de su polla, la apartó lo suficiente para darle un beso profundo y apasionado. Cuando su miembro se ablandó e interrumpió el beso para dejarla en el suelo, ella pudo sentir cómo su semen salía de su coño y se mezclaba con los restos de lo que había goteado antes de su agujero inferior.

—Eres un caos húmedo y pegajoso, ¿verdad Katie?

De alguna manera, a pesar de todo, su coño se apretó de nuevo, dejándola aún más húmeda, aún más pegajosa, y sintiéndose aún más completa y vergonzosamente poseída. Luego, cogiéndola del brazo, Richard la condujo por los pasillos de su casa, esta vez sin los ojos vendados. Por una fracción de segundo, le preocupó que se olvidara de darle la oportunidad de coger sus cosas, pero luego se sonrojó al recordar que llevaba todo lo que había traído.

Cuando llegaron a su vehículo, él la abrochó el cinturón como si fuera una niña antes de sentarse en el asiento del conductor y comenzar el viaje de vuelta a casa.

—¿No me vas a vendar los ojos?—, preguntó ella.

—¿Tengo que hacerlo?—, preguntó él.

—Creo que no.

—Yo tampoco lo creía.

Mientras viajaban, ella observaba la belleza de su finca y, una vez que dejaron los terrenos, tomaron la ruta de regreso a la ciudad, que era una de las más bonitas que había visto en su vida. Una parte de ella seguía insistiendo en que debería prestarle más atención para poder encontrar su finca más fácilmente cuando lo denunciara a la policía, pero no le hizo mucho caso y se limitó a disfrutar del viaje mientras dejaba que su mente vagara por los acontecimientos del fin de semana.

Cuando salieron de su casa, se dio cuenta de que ya había anochecido y ya era bien entrada la noche cuando llegaron a su complejo. La manera despreocupada con la que él encontró un sitio en el aparcamiento con ella aun completamente desnuda a su lado debería haberla hecho sonrojarse al menos un poco, pero apenas la sorprendió en ese momento teniendo en cuenta todo lo demás que había sucedido.

—¿Vas a volver a encerrarlos en sus apartamentos?.

—Mmm—, respondió Richard, esbozando una sonrisa que era a la vez risueña y depredadora. —¿No querrás que tus vecinos vean mi semen brillando en tus muslos desnudos?

Ella se sonrojó, sabiendo no esperaba una respuesta, él continuó.

—En ese caso, ya que te has portado como una chica buena hoy, supongo que puedo asegurarme de que nadie nos vea mientras te llevo—. Deslizando el dedo por su teléfono, dijo: —Ya está, las cámaras están apagadas y las puertas cerradas.

Le abrió la puerta de manera grandiosa y caballeresca, le desabrochó el cinturón -ella sabía que debía esperar a que él lo hiciera- y la levantó del coche en vez de llevarla del brazo en el corto

trayecto hasta su apartamento. Una vez adentro, unas rápidas pulsaciones en su teléfono liberaron presumiblemente a sus vecinos de su improvisado encierro.

—¿Prefieres que te meta directamente en la cama o que primero te prepare un baño?

Katie no se esperaba esa pregunta, y se tomó un momento para reflexionar antes de que el cansancio de su día se impusiera y dijera: —Sólo méteme en la cama, por favor.

—Por supuesto—, respondió él. La levantó y acunándola en sus brazos, la llevó a través de su apartamento, la puso de pie el tiempo suficiente para bajar las mantas y las sábanas, y luego la levantó de nuevo para dejarla cómodamente en su colchón antes de arroparla suavemente y besarle la frente.

—Buenas noches, Katie. Espero volver a verte pronto.

Mientras él se dirigía a la puerta, ella se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo ponerse en contacto con él.

—¡Espera! Si quiero volver a verte, ¿cómo te lo haré saber?.

—Mi número estará en tu teléfono cuando te despiertes—, dijo él simplemente.

Luego hizo una pausa, miró por encima del hombro y dijo: —Buenas noches, Katie mía—, antes de cerrar la puerta tras de sí.

—Buenas noches, mi captor—, susurró ella para sí misma, y enseguida cayó en uno de los sueños más profundos que recordaba.

CAPÍTULO SIETE



Al día siguiente, Katie se despertó con el sonido de la exasperante alarma de su teléfono, la pasó a la posición de posponer y se revolvió en la cama con un gemido. No recordaba haberse despertado nunca de peor humor. Era como si las cálidas sensaciones de la noche anterior no sólo se hubieran desvanecido, sino que habían sido absorbidas por un vórtice de pura irritación del que no podía esperar que escapara ningún pensamiento positivo.

Todavía le dolía el agujero del culo (de verdad) y el coño no estaba mucho mejor, pero lo que más le molestaba era por qué estaba tan furiosa.

Porque ese gilipollas la había vuelto a secuestrar.

Él (Richard) pero que le jodan él y a su nombre que derretía coños y ni siquiera parecía arrepentirse.

Ella le había dicho a ese imbécil que lo amaba, y eso ni siquiera era lo peor. Lo peor era que Katie sabía muy bien que realmente lo amaba. Que se jodiera por eso también. Ella era una mujer adulta con un trabajo y amigos de alquiler, la ansiedad y los impuestos, y una cuenta de Instagram. No vivía en un mundo en el que los hombres secuestraban a las mujeres y luego esas mujeres se enamoraban de ellos.

O no lo había hecho hasta hace un par de semanas, al menos.

¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? Llamarlo como una adolescente caprichosa preguntándole a papá si podía volver a vivir en su antigua habitación, porque ser adulto como una persona normal es difícil. Y si lo llamaba, ¿entonces qué? ¿Esperaba que dejara su trabajo y fuera su esposa trofeo hasta que se aburriera de ella y decidiera que era hora de secuestrar a una chica más joven y guapa?

Por fin recuperó el control de sí misma y se dio una ducha obscenamente larga, en parte para quitarse a fondo el pegajoso semen que aún tenía pegado a los muslos, pero también para saborear la sensación del agua caliente corriendo sobre los músculos cansados de incontables orgasmos brutales.

Al salir de la ducha y envolverse en una toalla, se tomó un momento para contemplar su reflejo en el espejo del cuarto de baño, que se iba desempañando poco a poco. En sus ojos, vio una especie de tristeza... y un anhelo que la incomodó tanto que salió furiosa del baño y se vistió apresuradamente para ir a trabajar. Cuando empezó su viaje al trabajo (mucho más distraída de lo

que probablemente era seguro) se perdió en un conflicto interno.

Richard era un bastardo arrogante. ¿Qué derecho tenía ese cabrón a alterar su cómoda vida? Desde luego, si tuviera que hacer una lista de los diez mejores orgasmos de su vida, todos se los daría él, pero si algo había aprendido de la vida amorosa de sus amigos y familiares a lo largo de los años era a no pensar nunca con la polla... o con el coño, en su caso. No había forma de que pudiera ser feliz con él a largo plazo, día a día. Después de todo, él parecía pensar que era perfectamente aceptable irrumpir en edificios de apartamentos y secuestrar chicas para llevarlas a su guarida en contra de su voluntad.

¿Era contra su voluntad?

Ignorando eso, Katie empezó a sentirse tan nerviosa que se detuvo en el aparcamiento más cercano, con las manos temblorosas. Cogió el móvil, abrió los contactos y encontró el número de Richard, que había aparecido esta mañana, tal como él había prometido. Podía llamarlo ahora mismo y discutir con él. Incluso podría gritarle. Decirle lo injusto que era que la hubiera puesto en esa situación, que se hubiera entrometido en su vida sin importarle lo perturbadora que sería su presencia y su polla.

O podía llamar al 911. Ahora tenía pruebas mucho más concretas y podía conducir a las autoridades hasta la puerta de su casa para ver con satisfacción cómo lo esposaban y se lo llevaban. Katie suspiró, colocó el teléfono en desuso en su regazo y apoyó la frente en el volante. Sabía que eso no era lo que iba a hacer. Le entristecía pensar que la policía estuviera cerca de su Richard.

¿*Su* Richard? ¿Qué le estaba pasando?

Se imaginó su rostro observándola ahora, con su suave sonrisa teñida de ligera diversión.

—Mi niña haciendo picheros... es una decisión difícil para ti, lo sé.

Imaginarle diciendo eso hizo que Katie se sonrojara y su coño se contrajera con fuerza, y consideró brevemente tocarse en el coche antes de sacudirse el impulso y en su lugar entrar en el Starbucks cercano. Se había olvidado de hacer café esta mañana; eso era lo que le pasaba. Pidió un poco más de *expresso* en su café con leche y terminó de conducir hacia el trabajo.

* * *

Dos semanas después

Katie se había sumergido en proyectos durante las dos últimas semanas y había cumplido los plazos antes de lo previsto, hasta el punto de que su jefe había venido a felicitarla personalmente y a ofrecerle un ascenso que incluía una nueva oficina con mejores vistas. Katie estaba orgullosa de sí misma, aunque secretamente se sentía culpable y creía que no lo merecía, ya que la única razón por la que su ética de trabajo había cambiado tanto era para evitar la dolorosa consideración de su situación actual.

Aun así, la oficina renovada era muy bonita y tenía su propio cuarto de baño, lo que

proporcionaba a Katie infinitas oportunidades para... pausas de trabajo... mientras pensaba en Richard y en lo que podría estar haciéndole ahora mismo. Ya ni siquiera intentaba evitar la distracción, Katie buscó en Google y volvió a escribir su nombre, un nuevo pasatiempo favorito de ella.

Dr. Richard Miller, cirugía pulmonar

Había descubierto rápidamente su identidad completa y, en contra de su buen juicio, se estaba obsesionando con investigarlo. Había leído un artículo tras otro sobre sus éxitos en la industria y su reputación de hombre misterioso, extremadamente rico y bien relacionado, pero de perfil bajo, escondido en su mansión. Incluso había algunas fotos de paparazzi en las que aparecía entrando en un supermercado o en un partido de fútbol local, rodeado de seguridad. Disfrutaba mirando esas imágenes, fijándose en sus manos o en sus ojos oscuros pero amables...

Katie oyó que llamaban a su puerta y, antes de que pudiera responder, Amanda y Nancy irrumpieron en la habitación, dejándose caer en las cómodas sillas situadas al otro lado de su escritorio. Katie minimizó rápidamente la ventana de búsqueda. No pudo evitar sonreír ante la caótica entrada de sus mejores amigas. Podían ser molestas e intrusivas, pero siempre conseguían relajarla y hacerle sentir que sus problemas no eran tan graves después de todo.

—Hola forastera—, dijo Amanda, extendiendo la mano para darle a Katie su café con leche preferido, —hemos tenido que recurrir a irrumpir en tu oficina para comer ya nunca te reúnes con nosotras.

Katie apartó la mirada tímidamente. —Lo sé, lo siento. He estado ocupada, ya sabes, un nuevo ascenso...

—¿Así que ahora eres demasiado importante para salir con nosotras?—, se burló Nancy, poniéndose de pie para mirar por la ventana de la oficina. —Maldita sea, te han dado un nuevo y lujoso alojamiento.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?— preguntó Amanda, recostándose y poniéndose cómoda. —Sé que tienes un montón de nuevas y elegantes responsabilidades, pero ¿quieres salir esta noche y ser completamente irresponsable por una vez?—.

—En realidad—, empezó Katie, dando un sorbo a su bebida, —tengo una cita esta noche. Con Bill.

Amanda y Nancy se quedaron calladas un momento, luego se miraron y compartieron una amplia sonrisa cursi. Amanda chilló como si aún estuviera en el bachillerato, mientras Nancy insistía: —Espera, ¿en serio? Creía que lo habías dejado por completo.

—Bueno, lo volvía llamar y fue muy amable. Vamos a comer pizza.

—Y echarse un polvo, espero—, dijo Amanda con un guiño. —Te vendría bien. Necesitas liberar el estrés. ¿Cuánto tiempo ha pasado, unos cuantos años?

Katie se sonrojó. —Algo así.

Sintió una punzada de decepción por no poder compartir sus recientes aventuras sexuales con sus amigas, pero no valía la pena arriesgarse, sobre todo porque había decidido darle otra oportunidad a Bill. Al fin y al cabo, era un tipo honrado.

Y nunca tendría que preocuparse de que la secuestrara.

Además, para ser justos, tal vez era muy bueno en la cama. Ella nunca le había dado la oportunidad de ser otra cosa que un caballero. Salir con él sin duda sería la opción menos compleja y tal vez la ayudaría a seguir adelante.

* * *

Katie se miró con aprobación en el espejo de cuerpo entero. Según su propia opinión se había arreglado muy muy bien. Había elegido un bonito vestido azul claro que se ajustaba a sus curvas sin dejar de ser reservado y elegante. Sus tacones de cuña le daban un poco más de altura y seguridad, y se había pasado un buen rato perfeccionando su peinado y maquillaje.

Apostaría a que Richard te arrancaría ese vestido.

Basta ya, reprendió Katie a su voz interior; esta noche nos centraremos en Bill.

Oyó que llamaban a su puerta y una vez cogió su bolso y un jersey ligero, fue a recibirle.

La cita fue bien, con la conversación y el vino fluyendo libremente. La pizza estaba deliciosa. Katie se fijó mentalmente en las cualidades atractivas de Bill. Era inteligente y estaba motivado para sobresalir en el trabajo; de hecho, estaba a punto de conseguir un ascenso impresionante. Era muy guapo, no de una manera ruda en sí, sino bien cuidado y en buena forma. Era educado y trataba al personal del restaurante con respeto. Era divertido, sobre todo cuando ella había bebido más. Soltó una risita para sus adentros y se quedó pensando en otros de sus atributos favorables antes de que la voz de él interrumpiera su ensoñación.

—¿Te sientes bien esta noche, Katie?

Ella le devolvió la mirada para encontrarse con sus ojos preocupados y forzó una sonrisa. —Por supuesto que me siento de maravilla. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces un poco... preocupada—. Su expresión no parecía molesta, sólo solícita.

Bill realmente era un tipo íntegro. ¿Por qué diablos su coño no podía ver eso también?

—Oh, lo siento... creo que estoy cansado del trabajo.— La excusa sonó patética incluso para ella.

Al mirar una vez más la expresión algo en Katie se desbloqueó. Tal vez fueran las tres copas de vino que había tomado con la cena, el hecho de que se hubiera estado guardando tantas cosas, o los ojos amables de Bill. Cualquiera que fuese la razón, sintió que su reserva se derrumbaba y comenzó a explicarse. —Supongo que soy desafortunada y estoy desorientada. He conocido a un hombre que me gusta. Pienso en él todo el tiempo. No puedo pensar en otra cosa. Pero no creo que pueda estar con él porque es diferente a todos con los que he salido antes. Es dominante y tiene muchas... conexiones... y todo eso es un poco intimidante...

Katie se mordió el labio, dándose cuenta de que no podía explicar mucho más sin entrar en detalles perturbadores, y sabía que ya había vertido mucha más información sobre el pobre Bill de lo que debería. Finalmente levantó los ojos para mirarle y se relajó al ver su sonrisa.

—Bueno, eso tiene mucho sentido. Aquí pensé que estaba sacando mi mejor material, así que me hace sentir mejor saber que no soy yo; es Don Corleone.

—¡No eres tú!— soltó Katie, intentando coger la mano de Bill por primera vez esa noche. —¡Eres increíble! Soy yo... Lo siento mucho; probablemente pienses que soy una gran gigante.

Le apretó la mano. —No eres ninguna imbécil, Katie. No puedes evitar a quien te atrae—. Bill hizo una pausa, pareciendo juzgar si debía decir lo que tenía en mente. —Pero pareces estar negándote. ¿Por qué estás aquí conmigo y no con ese tipo en el que no puedes dejar de pensar?

Katie sostuvo la mirada de Bill durante un largo momento, permitiéndose pensar en eso por primera vez. —No lo sé. Quiero decir, es complicado, pero... no puedo evitarlo; estoy enamorada de él.

Los ojos de Bill se suavizaron. —Bueno... parece que ya sabes qué hacer.

Katie pagó la cena de esa noche -él protestó, pero ella insistió- y se abrazaron antes de ir cada uno por su lado.

* * *

A la mañana siguiente, Katie se despertó sobresaltada, respirando con dificultad e increíblemente excitada. Se revolvió bajo las mantas y su memoria recordó el sueño vívido que acababa de tener. Recordó el rostro severo de Richard y sus dedos tocándola... Dios mío.

¿En serio acababa de tener un sueño erótico con Richard? Hizo todo lo posible por no pensar en ello y se fue a duchar. En la ducha pensaba mejor.

Decidió que el tema del día en la ducha sería qué iba a hacer con Richard. Se había sentido extrañamente mejor después de su confesión a Bill -tendría que acordarse de enviarle una cesta de regalo más tarde por haberla aguantado-, pero seguía teniendo reparos en volver a relacionarse con su secuestrador.

Era innegable que se sentía atraída por él, cada centímetro de su cuerpo y de su mente lo sabía. Pero ¿sería capaz de llevar una vida normal con él? ¿La seguiría encontrando atractiva los días que estuviera enferma, cansada o sin ganas de aventuras sexys? Su mente estalló de ansiedad ante tanta incertidumbre y respiró hondo para calmarse.

Sólo había una forma de averiguarlo. Necesitaba saber si Richard podía ser también su novio seguro y normal y no sólo su peligroso y sexy acosador.

Al salir de la ducha y secarse, Katie se envolvió en una toalla y se sentó en el sofá con su teléfono. Buscó el número de Richard y se quedó mirándolo un buen rato. Sólo ver su nombre le producía escalofríos. Finalmente, le envió un mensaje.

¿Estás libre esta noche?

La respuesta llegó casi al instante.

Me alegro mucho de saber de ti, Katie. Te he echado de menos.

Katie sonrió y había empezado a teclear de nuevo cuando apareció un segundo mensaje de Richard.

¿Te sientes necesitada de mí, pequeña?

Se sonrojó y respiró entrecortadamente antes de recordarse a sí misma que no debía dejarse seducir tan fácilmente. Se enderezó y envió su respuesta.

No te estoy pidiendo una cita para follar. Si quieres verme esta noche, tienes que llevarme a una cita de verdad. Nada de secuestros ni de echarme al hombro. Sólo cenar.

Esta vez hubo una pausa más larga, y Katie se preguntó por un momento si ya se había dado por vencido. Pasaron dos minutos enteros mirando la pantalla antes de que apareciera una notificación.

Me parece estupendo. A las siete, ¿vale?

Katie parpadeó. De acuerdo, parecía estar jugando... al menos por ahora.

Nos vemos entonces; tecleó antes de añadir, nada demasiado elegante.

Eran las siete en punto cuando oyó que llamaban a la puerta y, a diferencia de cuando se preparó para su cita con Bill, no se sentía en absoluto segura de su atuendo para aquella noche. Había revuelto su armario tratando de encontrar la ropa perfecta «sexy, pero sin esforzarse demasiado», y finalmente se había decidido por un vestidito negro con un par de tacones negros de tiras.

Esperaba que el restaurante que había elegido no requiriera caminar demasiado, ya que sus pies la estaban matando.

Se dirigió a la puerta con poca elegancia, la abrió y se quedó helada. Richard estaba ante ella, impecablemente vestido como siempre, con un ramo de preciosas rosas blancas en la mano. Por un momento olvidó cómo hablar, pero él acudió en su ayuda inclinándose para darle un suave beso en la mejilla.

—Estás deslumbrante—, le dijo con una sonrisa, tendiéndole las rosas.

—Gracias—, respondió Katie tímidamente, cogiendo las flores y caminando unos pasos hacia el interior para colocarlas sobre su encimera. —Estás muy... guapo.

Richard se rio entre dientes antes de tenderle el brazo.

—¿Vamos?

Había seguido sus instrucciones y la había llevado a un restaurante italiano discreto pero muy bien valorado, con una amplia carta de vinos. Perfecto. La había llevado en limusina, pero, aun así, ella apreciaba sus esfuerzos por mantener las cosas más discretas.

La comida y la conversación fueron agradables y sorprendentemente normales. Hablaron de sus familias, de dónde habían crecido y de sus aficiones. A Richard le encantaban los deportes y las actividades al aire libre, y Katie se sintió cautivada por la forma en que él hablaba de sus pasiones con entusiasmo y un brillo en los ojos. Ella también se sintió cómoda compartiendo sus aficiones, y él la escuchó atentamente mientras hablaba de sus amigas, su ascenso y sus sueños de escribir relatos cortos para algún blog en Internet en el futuro.

—Eres una escritora muy talentosa—, coincidió con una sonrisa.

Katie se sonrojó. —Bueno, sólo has leído algunas de mis cosas más... subidas de tono. Me refiero a escribir de verdad.

—Ya veo—, dijo, —igual que ésta es una cita de verdad.

Sus ojos oscuros atravesaron el alma de Katie, que sintió un aleteo en el estómago.

—Vale—, dijo ella, aclarándose la garganta y tomando otro gran sorbo de vino.

¿Por qué todo lo que salía de su boca sonaba tan condenadamente sexy? Se retorció en el asiento, sintiendo cómo su excitación empapaba ya sus bragas y goteaba por el interior de sus muslos. Cruzó una pierna sobre la otra.

De repente, por razones que Katie ni siquiera podía comprender, empezó a sentirse molesta. Richard estaba actuando tan caballerosamente, con tanta cortesía e interés por lo que ella decía, que empezaba a sentir que la parte de ella que se sentía locamente atraída por él se impacientaba.

¿Tenía que ser tan amable? ¿No estaba pensando también en llevarla al baño, subirle el vestido corto y bajarle las bragas, y violarla en una cabina, tapándole la boca con la mano para que nadie pudiera oírla gritar su nombre?

Lo miró de arriba abajo mientras él envolvía pacientemente la pasta alrededor del tenedor, y su enfado se convirtió en indignación consigo misma. Después de todo, eso era lo que le había

pedido. Una cita normal y verdadera. Eso era lo que quería, ¿no?

Luchando contra la creciente frustración sexual, empezó a moverse inquieta y a golpear ligeramente el plato con el tenedor. Richard la miró.

—¿Todo bien, Katie?

—Todo va bien—, espetó ella.

Richard se detuvo un momento, obviamente sorprendido por su repentino cambio de tono, luego dejó lentamente el tenedor y la miró fijamente. —No parece que todo vaya bien.

Katie puso los ojos en blanco, incapaz de controlar su necesidad de presionarle. —Pues lo está, ¿vale? Sigue comiendo—. Ella le devolvió la mirada, desafiando su mirada con la suya hasta que vio que sus ojos se ablandaban con el entendimiento.

Hizo un gesto al camarero, que acudió al instante a su lado y se inclinó para hablar con él. —¿Puedo ayudarle, señor?

—Sí, ya hemos terminado con nuestros platos. Quiero pedir uno de cada postre de la carta y dos cafés. Estaremos fuera sólo un rato, pero si pudiera guardarnos la mesa y tenerla lista para cuando volvamos, se lo agradecería mucho.

—Por supuesto, enseguida, señor—, respondió el camarero, recogiendo ambos platos y dirigiéndose rápidamente a la cocina.

Richard se levantó y caminó lentamente hacia donde estaba sentada Katie, ofreciéndole la mano. —Tú y yo debemos tener una pequeña discusión en el coche antes de que terminemos de cenar.

Su voz era tranquila pero firme, y el corazón de Katie saltó a su garganta mientras se ruborizaba. Rápidamente puso su mano en la de él, no quería montar una escena en el restaurante lleno de gente. Richard la acompañó al exterior, donde le esperaba su limusina, y se inclinó para susurrarle al oído: —Espera aquí, jovencita.

Vio cómo hablaba con el conductor de la limusina a través de la ventanilla bajada y, aunque no pudo oír lo que decían, sus mejillas enrojecieron al pensar en lo que podrían estar discutiendo. Vio que el conductor asentía secamente en señal de comprensión, salía del lado del conductor y daba la vuelta para abrir la puerta del asiento trasero, haciendo un gesto a Katie.

—Señora, dijo amablemente, y Katie se apresuró a esconderse dentro lo más rápido que pudo.

Richard la siguió y se colocó a su lado mientras el conductor cerraba la puerta tras ellos y se dirigía a una cafetería cercana. Katie miró de reojo a Richard, le dedicó una sonrisa tentativa y le puso la mano en el muslo. Tal vez había interpretado mal la situación y él se sentía tan frustrado como ella y quería un poco de intimidad...

Sus esperanzas se desvanecieron rápidamente cuando Richard giró en su asiento para mirarla directamente y, en lugar de cogerle la mano del muslo, le puso dos dedos debajo de la barbilla, obligándola a girar la cabeza y mirarle a los ojos.

—Fuiste descarada conmigo en la cena a propósito, ¿verdad?.

—Bueno, no, yo...—, balbuceó ella.

—No me mientas, Katie—. Había una agudeza en su tono que Katie sólo había oído un puñado de veces. Era el tono que la dejaba haciendo pucheros como una niña al tiempo que hacía que su coño se apretara desesperadamente. —Querías que te llevara a una cita bonita y normal, pero en cuanto viste que era capaz de tratarte como a una princesa, empezaste a querer que te tratara como a mi putita traviesa otra vez, ¿verdad?.

Katie se sonrojó tanto que de repente deseó que el aire acondicionado de la limusina estuviera a tope. —¡No! No es eso...Sin más reprimendas, Richard levantó a Katie hacia su lado derecho y la puso boca abajo sobre su regazo con un rápido movimiento. Le subió el vestido antes de detenerse, obviamente mirando las bragas que había elegido cuidadosamente: un tanga de encaje negro que apenas cubría la hendidura de sus nalgas.

—Las jovencitas inocentes que sólo quieren que las lleven a una cita no llevan bragas así debajo de sus bonitos vestidos, ¿verdad? La voz de Richard seguía siendo aguda, pero ahora estaba mezclada con un tono ronco.

Katie no pudo evitar sonreír ante la pequeña pizca de control que había recuperado con su elección de lencería. Sin embargo, su sonrisa se convirtió rápidamente en una mueca cuando la mano de Richard cayó con fuerza en medio de su trasero, y luego dos veces más en cada una de las nalgas en rápida sucesión.

Chilló y echó la mano hacia atrás para cubrirse las nalgas. Richard le cogió la mano con facilidad y se la inmovilizó en la parte baja de la espalda antes de continuar con su embestida.

—¡Espera, para!— suplicó Katie. —¡La gente nos va a ver!

—Las ventanillas están tintadas y este vehículo está muy bien insonorizado—, explicó Richard con calma, sin interrumpir en absoluto los azotes, —pero si alguien mira muy de cerca y echa un vistazo, verá a una chica mala recibiendo su merecido, ¿verdad?

Katie gritó y sacudió los pies en respuesta, pero Richard se limitó a acercarla más a él y centrar su atención en la parte superior de sus muslos, cubriéndolos hasta el último centímetro con duros y ardientes azotes hasta que coincidieron con el color rojo brillante de su trasero.

Katie se lamentó y se cubrió el rostro con la mano libre, incrédula. ¿Esto estaba ocurriendo de verdad? ¿Realmente la habían sacado a rastras de un restaurante para azotarla como a una niña traviesa en el asiento trasero del coche por ser atrevida?

—Ahora, jovencita—, dijo Richard, deteniendo por fin el castigo y frotando suavemente en círculos su piel ardiente, —¿estás lista para volver adentro conmigo y tomar el postre como una niña bien educada? ¿O necesitas que te azote también este coño empapado?

—¡No, por favor!— Katie jadeó. —Me portaré bien, lo prometo... ¿podemos volver dentro?

—Casi—, respondió Richard, liberando su mano sujeta y alisándole el cabello detrás de la oreja. —Primero, tenemos que quitarnos esto.

Entonces sintió que sus dedos se enganchaban en la cintura del tanga y los deslizaba lentamente sobre sus nalgas ardientes. Sintió cómo el endeble trozo de tela se pegaba a los resbaladizos labios de su coño al levantarla y gimió de vergüenza y excitación a partes iguales.

—A las chicas traviesas no se les permite llevar bragas durante la cena—, dijo Richard. —

Disfrutaré sabiendo que estás desnuda para mí bajo este precioso vestido.

Katie gimió en señal de protesta, pero él la ignoró y volvió a bajarle la falda por encima de su dolorido trasero. La ayudó a incorporarse y le dio un momento para que se enderezara y se arreglara el cabello y el maquillaje. Luego esperó a que ella lo mirara para meterle las bragas en el bolsillo de sus elegantes pantalones.

No hay manera de que salgamos de este coche sin al menos juguetear un poco, pensó Katie. Nunca he estado más mojada en mi vida, y él tiene una erección gigante.

Pero Richard se inclinó hacia ella y la besó en la frente antes de salir del coche y tenderle la mano para ayudarla. Lo vio hacer un gesto a su chófer en la ventana de la cafetería antes de que la guiara de nuevo al interior. El conductor le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba y Katie se preguntó si sabría lo que acababa de ocurrir. Se consoló pensando que probablemente pensaría que querían intimidad para besarse o tener sexo en el auto. Nadie normal sospecharía que le habían puesto el culo rojo y le habían dicho que ya no podía llevar bragas porque se había portado mal.

Para su deleite, la mesa estaba llena de postres deliciosos cuando regresaron, y ella se sentó con cuidado antes de coger una tarta de chocolate cercana e hincarle el diente. Richard sonrió mientras la observaba disfrutar de su manjar durante un rato, y Katie empezó a sentirse cohibida. La miraba fijamente de una forma que insinuaba que preferiría tenerla a ella de postre...

—¿Cómo está el crujiente de manzana?— preguntó Katie, señalando con la cabeza el pastel que tenía delante e intentando romper la ensordecedora tensión sexual.

—Está muy bueno—, respondió Richard, con voz grave y gutural. —¿Quieres un bocado?

—Seguro—, dijo Katie, extendiendo el tenedor hacia el otro lado de la mesa.

Richard la interceptó y le quitó suavemente el tenedor de la mano, dejándolo sobre la mesa antes de acercar su silla a la de ella, coger su propio tenedor y llenarlo con un bocado del crujiente de manzana. Inclinándose y hablando en voz baja pero firme, ordenó: —Abre la boca.

Las mejillas de Katie se sonrojaron mientras giraba la cabeza para mirar a su alrededor, asegurándose de que nadie les observaba.

Parece que vuestra agradable y normal cita ha terminado. Bueno, dos pueden jugar a ese juego...

Katie sintió que le temblaban las piernas bajo la mesa mientras obedecía, abriendo la boca para que le dieran el bocado de tarta. Hizo ademán de masticar despacio y tragar con fuerza, relamiéndose después mientras mantenía la mirada fija en Richard.

Él enarcó una ceja, pero su expresión delataba una mezcla de diversión y lujuria apenas contenida. Acercándose aún más, le susurró al oído unas palabras que inmediatamente le pusieron la piel de gallina. —Te vas a correr por mí aquí mismo en la mesa, Katie.

A Katie se le cortó el aliento en la garganta mientras lo miraba, sin estar segura de haberlo oído correctamente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Pon las dos manos sobre la mesa.

Lentamente, Katie obedeció, sus dedos temblando mientras los colocaba sobre el mantel. Se esforzó por parecer despreocupada mientras sentía la mano de Richard en su muslo empujando lentamente la tela de su vestido. Sus dedos no parecían tener prisa y se dirigieron a la parte interior de su muslo y empezaron a acariciarla hasta que encontraron su objetivo.

Katie jadeó cuando el pulgar de él rozó su clítoris expuesto. Deslizó los dedos lentamente hacia abajo para impregnarlos de su excitación antes de volver a deslizarlos hacia arriba y encontrar una vez más su necesitado botón. Él la estudió mientras empezaba a hacer círculos constantes, enviando rayos de electricidad a través de su núcleo mientras ella miraba a cualquier parte menos a su cara, respirando profundamente como si intentara meditar para escapar de su inminente orgasmo.

Se inclinó sobre ella para susurrarle al oído una vez más: —Te vas a correr en mis dedos... aquí mismo. No depende de ti, mi traviesa cautiva.

Katie empezó a gemir casi en silencio ante sus palabras, pero como si su cuerpo tuviera mente propia, empezó a mecerse hacia adelante y hacia atrás contra sus dedos, acercándose cada vez más al borde. Finalmente, cuando se acercaba al punto de no retorno, giró la cabeza hacia Richard y lo miró suplicante, pronunciando la palabra «por favor».

Richard asintió mientras aumentaba la presión y el ritmo de su pulgar directamente sobre su manojo de nervios, y eso fue todo lo que necesitó Katie para estrellarse contra el borde de un poderoso clímax que se hizo aún más desesperado por el hecho de que tenía que soportarlo en silencio o arriesgarse a avergonzarse horriblemente. Se mordió el labio con fuerza y su coño se aferró a los dedos de él, mientras las olas de placer se iban calmando poco a poco. Por fin, su mano salió de entre sus piernas y se apoyó en su muslo mientras él se inclinaba y le besaba profundamente la boca.

Había sido la cita perfecta.

EPÍLOGO

Seis meses después

Katie miró su teléfono por lo que debía ser la octogésima vez aquella tarde.

15:47,

Estaba suficientemente cerca, decidió. Recogió su bolso y ordenó rápidamente su escritorio, se dirigió a la salida trasera del edificio. Sin embargo, al doblar la esquina, casi se cruza con Nancy y Amanda.

—¿Te escapas antes de tiempo?— preguntó Amanda con fingida acusación.

Katie se sonrojó, probablemente pareciendo confirmar las sospechas de Amanda, aunque en realidad sus mejillas estaban sonrojadas por una razón muy diferente.

—Sí, algo así—, dijo.

—Nosotras también—, dijo Nancy en tono conspirativo. —Sólo pasamos a buscar a Jeanine ya que nos hizo prometer que la llevaríamos con nosotras.

—¿Adónde van?— preguntó Katie, no muy interesada en charlas triviales, pero tampoco queriendo parecer tan apurada como para que resultara demasiado sospechoso.

Sus amigas -que la conocían muy bien- parecieron interpretar la tensión que intentaba ocultar como un indicio de que estaba disgustada porque no la habían invitado. Nancy respondió a la defensiva: —Bueno, dijiste que estabas ocupada este fin de semana, así que nos ofrecimos a llevar a Jeanine a ver esa película de ciencia ficción que estrenan esta semana, ya que de todas formas a ti no te gustan.

Katie sonrió de verdad, en parte porque le parecía muy tierno que sus amigas hubieran hecho planes pensando en ella, incluso cuando ni siquiera iba a participar en ellos, pero sobre todo porque ahora ya no tendría que fingir que no se dormía durante las horrendas y aburridas batallas espaciales de la película.

—Ay, ustedes me conocen tan bien. Me aseguraré de verlas el próximo fin de semana.

—Más te vale—, dijo Amanda en tono de regaño fingido antes de que ella y Nancy continuaran lo que parecían creer que era una caminata sigilosa hacia la oficina de Jeanine.

Katie volvió a mirar su teléfono.

15:56

Llegaría justo a tiempo.

Sin molestarse en coger el ascensor, tanto por rapidez como por el interés de no encontrarse con nadie más que pudiera tener ganas de conversar con ella, Katie recorrió los tres tramos de escaleras hasta la planta baja antes de correr y abrir de un tirón la poco utilizada puerta trasera del complejo de oficinas. Salió al callejón que había detrás del edificio.

15:59

Oteó el callejón expectante hasta que, instantes después, oyó el ruido de un vehículo que se acercaba y un sedán negro de lujo dobló la esquina, aceleró rápidamente por el callejón y se detuvo de forma espectacular, chirriando de una manera casi hollywoodiense. Antes de que Katie pudiera reaccionar, aunque lo hubiera querido, la puerta del conductor se abrió de golpe y de ella saltó un hombre musculoso vestido de negro y con pasamontañas, que la agarró y le tapó la boca para que no gritara. La arrastró hacia el maletero, que se había abierto al mismo tiempo que el hombre había salido del vehículo.

Con lo que parecían movimientos rápidos y practicados, le esposaron los brazos a la espalda y le ataron los pies Luego, con la boca todavía tapada por una enorme mano enguantada en piel, sintió que le levantaban la falda y le arrancaban de un tirón las bragas, ya empapadas. Lanzó un grito de verdad: que le arrancaran las bragas le dolió tanto como aquella primera noche. Pero la mano enguantada cumplió su propósito y lo único que emitió fue un grito ahogado.

Luego la mano se apartó un instante para oprimirle los lados de la mandíbula, forzándola a abrir la boca, y casi de inmediato se saboreó a sí misma con la lengua y los labios mientras le metían en la boca sus propias bragas empapadas y las dejaban en su sitio. Un momento después, todo se oscureció cuando le taparon los ojos con una venda y sintió que la colocaban suavemente, pero sin miramientos, en el maletero. Sintió un aliento caliente en el cuello y unos dientes que le mordisqueaban el lóbulo de la oreja, y entonces la voz que tan bien conocía dijo: —Va a ser un fin de semana estupendo, Katie. Si eres una buena chica, puede que incluso disfrutes de algunas partes.

Entonces el maletero se cerró de golpe y ella sintió que el coche se alejaba.

* * *

Katie se reclinó, disfrutando de la temperatura perfecta del agua de la bañera que era capaz de recordar. Realmente había sido un excelente fin de semana. Ni siquiera habían llegado a la casa de Richard «y ahora suya» antes de que él se detuviera a un lado de la carretera, la sacara del maletero y la inclinara sobre él con la falda levantada para follársela hasta que ella estuviera segura de que sus gritos atraerían a las fuerzas del orden de los estados vecinos. Luego la había vuelto a meter en el maletero durante el resto del trayecto, porque Richard se tomaba los

secuestros muy en serio.

Aquella había sido la primera de siete folladas excepcionalmente intensas, había dejado de contar los orgasmos después de veinte, durante los dos días siguientes, y Katie estaba ahora realmente dolorida. De hecho, estaba lo bastante resentida como para enfadarse con él, pero había sido ella la que le había *pedido* que la secuestrara de nuevo y que no fuera suave, así que lo más probable era que quejarse le causara más dolor.

En los seis meses transcurridos desde aquel fatídico viaje a su limusina para recibir unos azotes, habían tenido que ceder en varias cosas, pero, afortunadamente, el sexo alucinante no había sido una de ellas.

Por ejemplo, se había quejado de que ella conservara su trabajo, no porque no quisiera que trabajara, sino porque deseaba que trabajara para él, o con él, había intentado decir, pero ambos sabían cuál de los dos se arrodillaría bajo el escritorio del otro.

Era un pensamiento excitante, lo admitía, y Katie sabía que pronto acabaría cediendo y poniéndose unos tacones de zorra y una falda lápiz para su secuestrador convertido en jefe. Pero, por el momento, quería disfrutar de tener un hombre ridículamente sexy del que poder presumir ante las chicas de la oficina. Todas le habían dicho que debería dejarlo *inmediatamente,* literalmente, salir por la puerta y no volver jamás, como le aseguraron que harían ellas en su lugar si tuvieran un novio multimillonario esperándolas para volar alrededor del mundo o a Marte o a donde fuera, pero no entendían las complicadas emociones que eso implicaba...

Sin embargo, mudarse de su antiguo apartamento había sido una decisión fácil. A la mierda con ese sitio. Había sido acogedor, como el armario más pequeño contiguo al armario principal de su dormitorio en el ala norte, pero ahora tenía un refrigerador que conversaba con ella en frases completas a diario.

Decidió que ya había estado en el agua el tiempo suficiente, se secó con una toalla, se vistió y se dirigió al balcón para desayunar con Richard. Sin embargo, lo que encontró en la mesa fue una nota que le decía que se encontrara con él en el jardín de flores silvestres.

Mientras daba el paseo rápido, o el paseo más rápido que había en Versalles, se preguntaba qué ridículas travesuras sexuales tenía en mente Richard y, lo que es más importante, cómo iba a dejarle claro que estaba demasiado dolorida para dichas travesuras. sin volver a patearle la polla.

Entonces lo vio y supo de inmediato que las travesuras sexuales no eran lo que él tenía en mente. No era el hecho de que estuviera caminando de un lado a otro. Richard hacía eso a menudo. Tampoco era cómo estaba vestido. Llevaba un traje hecho a medida, pero usaba trajes con frecuencia.

Era la forma en que él la miraba. Era una expresión que sólo había visto una vez antes, cuando él le dijo que la amaba por primera vez hacía tantos meses.

—Mi Katie—, dijo mientras ella se acercaba a él. Pareciendo demasiado nervioso para siquiera esperar a que ella respondiera, se arrodilló, tomó sus manos entre las suyas y la miró a los ojos. —¿Quieres casarte conmigo?

Ella le respondió con un beso.

Fin

POSTFACIO

Stormy Night Publications le agradece su interés por nuestros libros

Si le ha gustado este libro, o incluso aunque no le haya gustado, le quedaremos muy agradecidos si deja un comentario en la página web en la que o adquirió. Tales comentarios aportan datos de mucho interés para nosotros y nuestros autores, y sus reacciones, tanto las positivas como las que incluyen críticas constructivas, nos permiten trabajar mejor para ofrecer lo que a los clientes les gusta leer.

Si desea echar un vistazo a otros libros de Stormy Night Publications, si quiere saber más sobre la editorial o si desea unirse a nuestra lista de correo, visite por favor nuestra página web:

http://www.stormynightpublications.com